ISBN: 84-7770-634-4

VIDA ILUSTRADA DE LA VIRGEN MARÍA

Andrés Codesal Martín

VIDA ILUSTRADA DE LA VIRGEN MARÍA

Copia de

VIDA ILUSTRADA DE LA VIRGEN MARÍA

Andrés Codesal Martín
y
José Codesal Rodríguez

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Editorial Apostolado Mariano
C/ Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84-7770-634-4
Depósito legal: M. 1.445-2003

Impreso en España - Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

PRESENTACIÓN

Me agrada mucho la costumbre que cada vez se está imponiendo más en España, de regalar libros religiosos ilustrados a los niños que hacen la primera comunión. Es verdad que muchos párrocos y centros catequísticos prefieren regalar el Nuevo Testamento, por aquello que decía el inmortal Pío XII: «que en todos los hogares debía haber al menos un libro de los Santos Evangelios».

Está muy bien que en todos los hogares cristianos tengan la Biblia o al menos el Nuevo Testamento. Pero éstos son libros que los niños no los leen, pues hoy día para que los libros atraigan a los niños deben ser pequeños y muy bien ilustrados con mucho colorido de imágenes.

Por este motivo en nuestra editorial, Apostolado Mariano, nos hemos propuesto tener las mejores colecciones de Vidas de Santos y de Vidas de Jesucristo ilustradas, que encantan a niños y mayores.

Entre las Vidas de Jesucristo que más se venden como regalos de primeras comuniones citaré: Los Evangelios Concordados Ilustrados, El Evangelio de los Niños, Vida Ilustrada de Jesucristo, Vida de Nuestro Señor Jesucristo, del padre Bover, y Vida de Jesucristo en Imágenes. Todas ellas siguen a la letra los Santos Evangelios y contienen ilustraciones maravillosas y de un gran valor artístico.

Pero, aun siendo nuestra editorial eminentemente mariana, y poseyendo los mejores libros de devoción mariana, no teníamos ninguna Vida ilustrada de la Santísima Virgen que fuera propia para regalar a los niños y niñas de primera comunión. Más que nada me animó a prepararla el contacto con mis nietas. Yo ya soy viejo y enfermo, por lo que pienso vivir en este mundo pocos años; pero tengo dos nietecitas: una de siete años, que ya sabe rezar, y otra de cuatro años que le gusta seguir a la primera. Miriam, que así se llama

la mayor, tiene que empezar ya a prepararse para hacer la primera comunión, y yo que pienso que no voy a poder estar presente, le dedico desde ahora este librito, de Santa Miriam la Virgen, para que la ayude en esos momentos y la lleve de la mano a Jesús, enseñándola a ser muy buena y muy querida de Jesús toda la Vida, para que al final logre verlo en el Cielo.

Para Almudena le deseo lo mismo. También la Virgen de la Almudena es la Virgen María, y también esta vida de la Virgen es la vida de su patrona. La Virgen de la Almudena es una de tantas advocaciones de la Virgen como todas las que hemos puesto en la segunda parte de este libro: la Virgen del Carmen, la Virgen Milagrosa, la Virgen de Guadalupe, la Virgen de Lourdes, la Virgen de Fátima y la Virgen del Rosario.

Muchos incrédulos nos dicen que no sabemos si hay otra vida después de la muerte, porque nunca nadie ha vuelto del otro mundo. Pero eso es una tremenda mentira: pues del otro mundo vino Jesucristo y estuvo tres años predicando y haciendo portentosos milagros que los vieron muchísima gente, aunque poquísimos se convirtieron.

También la Virgen María ha venido muchas veces del otro mundo a darnos remedios de salvación, como hizo la Virgen del Carmen dándonos el Escapulario, la Virgen milagrosa, dándonos la medalla, y la Virgen de Lourdes y la Virgen de Fátima dándonos el gran remedio del Santo Rosario, que todos los últimos papas nos han recomendado tanto, y ahora Juan Pablo II, después de insistir mucho en que recemos el Rosario en familia, nos ha obsequiado con cinco misterios nuevos, «los misterios de la luz» que iluminarán nuestro continuo caminar hacia la meta del Cielo.

Sevilla, día de San Andrés del año 2002.

Andrés Codesal Martín

VIDA ILUSTRADA
DE LA
VIRGEN MARÍA

María en la mente de Dios

Dios vive en la eternidad, y el misterio de la eternidad es muy difícil de entender. Nos dicen los teólogos que para Dios no hay futuro ni pasado porque Él todo lo tiene presente. Ante Dios todas las cosas están presentes, igual las pasadas que las futuras. Nosotros esto no lo podemos entender, pero sí debemos creer que Dios nos conoció tal como somos desde siempre. Y desde el principio, es decir, desde siempre se complació y amó con un cariño y un amor especial a aquella criatura que un día en el tiempo, iba a nacer, la más hermosa, la más bella y la más santa de todas, a la que el Padre la eligió por su Hija predilecta, el Hijo la escoció por su Madre amantísima, y el Espíritu Santo la designó y adoptó por su sagrada Esposa santísima.

Por el pecado de Adán y Eva en el Paraíso, todos los hombres y mujeres nacemos en desgracia de Dios; esto se llama «*el pecado original*», que se nos perdona en el Bautismo por los méritos que para nosotros nos ganó Jesucristo muriendo en la cruz. Pero por una gracia especial, Dios quiso que su Madre fuera siempre santísima y que fuera concebida inmune de toda mancha desde en primer momento de su concepción.

Dice un autor: «Por ser, pues, destinada a la dignidad tan excelsa de "Madre de Dios", María fue adornada desde el primer instante de su concepción con un don de gracia tan grande, que por ella aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra, a todos los ángeles y santos».

¿Por qué la Virgen María es Inmaculada? – La Virgen María por ser destinada a ser Madre de Dios es inmaculada, es decir concebida sin pecado original, pero no por sus méritos propios, sino en atención a los futuros méritos de Jesucristo, su Hijo, Salvador del género humano.

La Iglesia nos invita en su liturgia a cantarle: «*Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha de pecado original*».

El Concilio Vaticano II dice que, para su función maternal, la enriqueció Dios desde el primer instante con esplendores de santidad, por lo que fue común entre los Padres llamar a la Madre de Dios «toda santa e inmune de toda mancha de pecado» y como modelada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura (LG. 56). Y, por el mismo motivo la Virgen fue redimida de un modo eminente, o sea, más sublime y perfecto que todos los hijos de Adán, ya que a nosotros se nos redimió de la mancha contraída; pero a Ella se le preservó, impidiendo en Ella toda mancha. A Ella Dios la preservó para que no se manchara; pero a nosotros una vez ya ensuciados nos lavó con su preciosa sangre.

¿Quién es la Virgen María?

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc 1, 32 y 35), «la bendita» o más alabada entre todas las mujeres, la «llena de gracia» (Lc 1, 28 y 42), la que «todas las generaciones llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48).

El Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y más cercano a nosotros, pues Ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres».

Si alguno preguntase el porqué de este encumbramiento o exaltación de la Virgen, tendríamos que responder: porque es MADRE DE DIOS, y por sola esta prerrogativa Ella aventaja con mucho en dignidad a todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Por ser «Madre de Dios» Ella es superior a todo cuanto existe. Sólo Dios es superior a Ella.

Por eso dice San Juan Crisóstomo: «La bienaventurada siempre Virgen María fue, a la verdad, un gran milagro. ¿Quién ha habido y puede haber, después de Dios, mayor que Ella? Nadie la ha aventajado en santidad. Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los ángeles, ni criatura alguna visible o invisible". Y Pío XII añadía: «¡Madre de Dios! ¡Qué título más inefable!... Sólo Ella, por su dignidad, trasciende los cielos y la tierra. Ninguna entre las criaturas visibles o invisibles puede compararse con ella en excelencia...».

«Por lo demás, añade San Alfonso de Ligorio que, para que podamos comprender lo que nos interesa y promover la devoción a María, debemos atender a lo que sobre el particular dicen los doctores: Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el Cielo. Y lo confirma otro autor, diciendo que el honrar a esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna. Porque la agradecidísima Señora se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en ésta…»

Y ¿quiénes ignoran la promesa que hizo María a los que se empeñan en hacerla conocer y amar en este mundo? Los que me dan a conocer a los demás obtendrán la vida eterna (cuyas palabras del Eclesiástico le aplica la Iglesia en la festividad de su Inmaculada Concepción).

Regocíjate, pues, regocíjate alma mía y alégrate alabando a María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, se habla en alabanza de María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre a esta divina Madre.

Patria y padres de Nuestra señora

El padre Ribadeneira en su «Vida de la Virgen María», dice así: «La sacratísima virgen María, Nuestra Señora, fue de Nazaret, ciudad de Galilea, e hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquín, natural de Nazaret; su madre, Ana, de la ciudad de Belén. Eran los dos de la tribu de Judá y del linaje real de David...». «Joaquín y Ana, –añade el padre Melús, son los nombres que una tradición, que arranca del siglo II, atribuye a los padres de la Virgen María. Son dos nombres llenos de grandeza que se esconde en la sencillez y la humildad. Dos nombres con un sentido maravilloso y providencial. Joaquín significa preparación del Señor, trabajo y constancia. La Providencia divina mueve los hilos de la historia. Durante largos siglos el Señor preparó, por medio de los profetas y patriarcas, la venida del Deseado de las naciones. Israel deseaba con ansia renovada esta llegada.

La tardanza no ahogaba los anhelos de Joaquín y Ana. Ellos se acercaban al ocaso de la vida sin descendencia. Pero seguían rezando y porfiando al Señor con oración inflamada. Su esperanza se mantuvo incólume».

Estos bienaventurados padres de la Virgen eran de vida santísima, como convenía que fuese el árbol que había de producir tal fruto. Empleaban todo su tiempo en la guarda de la Ley de Dios. Con gran cuidado dedicaban su tiempo en ayunos, oraciones y limosnas. Repartían todo lo que ganaban en tres partes: Una la empleaban para el culto divino y ministros del Templo, otra en los gastos de sus personas y familia, y la más importante la repartían entre los más pobres.

Habían vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos; porque los israelitas tenían la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios; al cual estos santos esposos suplicaban a Dios con grande instancia, de día y de noche, que les diese un descendiente, prometiéndole consagrarlo a su Divina Majestad.

Perseverando ambos esposos en sus ruegos y oraciones, un ángel se apareció a San Joaquín cuando estaba en la majada guardando el rebaño de las ovejas, y le dijo que Dios había oído sus ruegos y que tendría una hija que se llamaría María y que sería la Madre del Salvador del mundo.

La misma revelación tuvo Santa Ana. Un ángel –según algunos el mismo arcángel San Gabriel– se aparece a Ana en la Puerta Dorada del Templo y le profetiza el nacimiento de una Niña, que se llamará María y será la predilecta del Señor. «¡Oh bellísima Niña, dice San Juan Damasceno, benditas las entrañas y el vientre del que saliste!».

En el seno estéril de Ana germinó la plenitud de la gracia. En sus entrañas se realizó el sublime misterio de la Concepción Inmaculada de María, «prodigio de prodigios y abismo de milagros», dice el Damasceno. «Santa tierra estéril, que al cabo produjo, toda la abundancia que sustenta el mundo», según se expresa Miguel de Cervantes en «La Gitanilla».

Todos los antiguos anhelos se habían condensado en Joaquín y Ana, en ellos se iban a cumplir las promesas.

Fueron los padres dichosos de la niña María, que Dios luego la haría Madre de Dios y Madre nuestra. De Joaquín y Ana podemos decir que si Dios los escogió para una obra tan admirable, grandes tuvieron que ser aquellos dos corazones.

Natividad de la Virgen Nuestra Señora

Hace aproximadamente dos mil años, el día ocho de septiembre, en una casa que tenían sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores, nació esta preciosa niña, y nueve días después, que fue el diecisiete del mismo mes, según la costumbre de los hebreos, le fue puesto el nombre de Miriam –MARÍA– que entonces era un nombre muy usual en toda clase de familias.

Según la opinión de varios santos, el Señor Dios le dio a María por ángel de la guarda al mismísimo San Gabriel y a otros muchos ángeles que se gozaban enormemente de hacerle compañía.

Al cabo de ochenta días fue Santa Ana a Jerusalén a cumplir la ley de la purificación, llevando la niña al templo en sus brazos, como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada a los primogénitos, se volvió con ella a su casa.

María era toda pura, y Dios, que más tarde había de nacer de ella para redimir a los hombres; la redimió primero Él mismo. Tan pequeña, y por sólo su belleza y gracia ya se distinguía de todas las demás.

Muy pronto empezó a sonreír, no solamente con los labios, pues también sus dulces ojos sonreían. Cualquier persona se sentía atraída y conmovida ante su rostro.

Todo su ser era una invitación al gozo y a la alegría. Comenzó a tenerse en pie, luego a andar, sujetándose con sus pequeñas y regordetas manos al vestido de su mamá o a los grandes dedos de su papá. Al mismo tiempo ya empezaba a pronunciar algunas palabras, luego nombres, y después breves frases.

Transcurría el tiempo y del bello bebé que era en sus primeros meses, la pequeña María vino a ser una dulce y gentil niña de quien todo el mundo estaba admirado. En todas sus cosas procuraba poner gran cuidado y atención. Jamás en ella se encontraba la menor falta.

Ya estuviese en casa con sus padres, ya en la calle o en la fuente con otras personas; María siempre era amable, educada y servicial. A medida que pasaba el tiempo, mejoraba en estas cosas.

Afirma San Sofronio, patriarca de Jerusalén, que el arcángel Gabriel la llamó «llena de gracia», porque mientras los otros, dice el mismo Santo, se les dio la gracia limitada, María la recibió entera, a fin de que, según dice San Basilio, pudiese ser digna Mediadora entre Dios y los hombres.

María recibió todas las gracias en grado ilimitado, y por eso es hecha Mediadora universal, para repartirlas

a los que se las piden. Y en el día de su fiesta la saluda la liturgia: «Celebramos el nacimiento de la Virgen María... Celebramos con gozo... ¿Quién es ésta que se asoma como alba? Cantamos de todo corazón la gloria de Cristo, en esta festividad del nacimiento de la Virgen María... Hoy es el nacimiento de María Santísima, cuya vida ilustra da esplendor a toda la Iglesia... Hoy ha nacido la Virgen María del linaje de David. Por ella vino la salvación del mundo a los creyentes, y por su vida gloriosa todo el orbe quedó iluminado... Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, anunció la alegría de todo el mundo...

¡Felicidades, Madre! Felicidades por Ti, por tu nacimiento. Felicidades, Madre, porque ibas creciendo en el oscuro camino de la fe. Felicidades, Virgen peregrina, porque nos enseñas la ruta de la santidad. Felicidades Madre, porque por Ti nos llegó hasta nosotros el Salvador del mundo. ¡Ojalá que Aquel que vino a este mundo por Ti, nos lleve a todos contigo a la morada eterna donde siempre vivió!

Presentación en el Templo

Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habían hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres a Jerusalén, y la ofrecieron en el Templo el veintiuno de noviembre, con las ceremonias que en semejantes ofrendas, se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habían hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa dedicada ya a Dios, y que la pusiesen entre las otras doncellas que le servían, junto al templo en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio podían ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo a hacer oración.

Admiró a todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada niña, y más la prontitud y alegría con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor, sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios había de obrar en aquella, que de tan tierna edad había escogido para su servicio.

Fue recibida la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó a resplandecer en aquella casa material de Dios la que era verdadero y espiritual, templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente a hilar lana, lino, seda y holanda, y coser y labrar las vestimentas sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y después para servir y vestir a su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía a menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura, las divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundía, entendía perfectamente.

Su ocupación principal era la oración, en la intimidad con Dios desde la madrugada hasta la hora de tercia; desde la hora de nona en adelante ocupaba también el tiempo en el trabajo en oración, hasta que aparecía el Ángel del Señor, de cuyas manos recibía el alimento. Leía asiduamente también las Sagradas Escrituras. Tenía un programa de vida detallado. Se destacaba de sus compañeras en todo lo bueno.

«Era tan dócil a las instrucciones que recibía, que no había ninguna más pronta que ella para las vigilias, ninguna más erudita en la ciencia divina, ninguna más agradable en su sencillez, ninguna interpretaba con más donosura la salmodia, ninguna era mas gentil en su caridad, ni más pura en su castidad, ni más perfecta en cualquier virtud «(Evangelio del Pseudo-Mateo 6, 2).

Voto de virginidad

Vivió en esta manera de vida hasta los doce años de su edad en la que murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido más hijos, sino solamente a María.

Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fue la primera que hizo esta manera de voto y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó a tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas para que la abrazasen, y por no perderla muchos prefirieron perder sus vidas. Y por esto se llama Virgen de las vírgenes, como Maestra y capitana de todas ellas. Porque, aunque es verdad que, en el Viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como José, Melquisedeeh, Elías, Elíseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es que ninguno se obligó con la obligación del voto, y Nuestra Señora fue la primera que, sin ejemplo que imitar, se consagró a Dios con el voto y así se ofreció a Dios.

Siendo ya María de edad para casarse, pareció bien a los sacerdotes que la Virgen tomase marido, como lo hacían las demás de su edad. Más como Ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia que aquello no podía ser, porque sus padres la habían ofrecido a Dios y ella había hecho voto de perpetua virginidad. Se admiraron todos los sacerdotes de oír cosa tan nueva, y trataron si sería bien casarla con algún sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenía lugar, porque por ser única de sus padres, había heredado, y según la ley era forzoso casarse con un hombre de su mismo linaje y familia.

Desposorios con San José.– Entre los muchos que se presentaron a solicitar su mano, le cupo la suerte a San José. La Virgen tuvo revelación del Señor que obedeciese a los sacerdotes y que no temiese, porque el elegido por Dios, la guardaría y respetaría. Le cupo la dichosa suerte a José el carpintero, de la tribu de Judá, natural de Belén. Se desposaron teniendo María trece años de edad.

Entre tanto, la Virgen volvió a Nazaret y habitó la casa de sus padres, que ella, como hija única, había heredado.

San José era una figura sencilla y humilde, silenciosa y pobre en apariencia, pero Dios le ha encomendado una misión única y maravillosa. Este hombre del silencio es un hombre sencillo, aun en medio de los bienaventurados. Era de estirpe real, de la familia de David. Dios le muestra un amor preferencial.

Anunciación del nacimiento del Bautista

Hubo en tiempo de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías del turno de Abías, casado con una mujer, descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel. Ambos eran justos a los ojos de Dios, pues guardaban de manera irreprensible todos los mandamientos y preceptos del Señor. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos ya avanzados de edad.

Estando una vez de oficio en su turno en el servicio de Dios, y, según uso del sacerdocio, le tocó en suerte entrar a incensar en el templo del Señor, y toda la muchedumbre del pueblo quedaba fuera orando mientras el tiempo de incensar. Entonces se le apareció un ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Zacarías, al verle, se turbó y se sobrecogió de temor. Mas el ángel le dijo: ¡No temas Zacarías! pues tu oración ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará un hijo, al cual pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán por su nacimiento. Porque será grande delante del Señor, no beberá vino ni bebida alguna fermentada, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor su Dios. y caminará delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y reducir los rebeldes a la prudencia de los justos, y preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.

Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo podré cerciorarme de esto? Porque yo soy viejo y mi mujer de edad avanzada. El ángel le respondió: Yo soy Gabriel, el que está en la presencia de Dios, y fui enviado para hablarte y darte esta buena noticia. ¡Mira! quedarás mudo, sin poder hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no creíste en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. El pueblo estaba esperando a Zacarías y se admiraba de que tardara tanto en el templo. Cuando, por fin, salió, no podía hablarles, por lo que entendieron que había tenido alguna visión en el templo. Él estuvo tratando de dárselo a entender por señas, y siguió mudo.

Luego que se cumplieron los días de su ministerio, marchó a su casa. Después de esos días concibió Isabel, su mujer, y se ocultó durante cinco meses, diciendo: ¿Por qué así me ha tratado de esta manera el Señor haciéndome esta merced de borrar mi afrenta ante los hombres cuando Él quiso? Todos los que lo oían bendecían a Dios, diciendo: ¿Qué será de este Niño? Porque se veía que la mano del Señor estaba con él. Su padre fue lleno del Espíritu Santo y profetizó, diciendo: «Tú niño, serás llamado profeta del Altísimo…».

I
II
III
IV
VI
X
X

La Anunciación del Verbo

Seis meses después de haber quedado embarazada Santa Isabel, fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; la virgen se llamaba María. Entrando el ángel donde ella estaba, la saludó, diciendo: «¡Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!

Ella se turbó por estas palabras y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna.

El ángel, animándola, le dijo: «No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, y vas a concebir en tu seno y darás a luz un Hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin».

Entonces dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón?

El ángel le respondió y dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo de cubrirá con su sombra: por lo cual, lo que nacerá de ti santo, se llamará Hijo de Dios.

Y el ángel añadió: Y has de saber que Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está en el sexto mes la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible».

El «fiat» de la Encarnación

Con esta seguridad, obedeciendo a la voluntad del Señor y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dio el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron el cielo y santificaron la tierra: «He aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras» (Lc 1, 28). En aquel momento, EL VERBO SE HIZO HOMBRE. Desde lo más alto, del cielo descendió a aquel otro cielo que era el seno de la Virgen, recreándose en sus entrañas, de la que desde aquella hora era verdadera Madre de Dios.

Y como fundamento y fruto de la virginidad, la humildad obediente: «He aquí la esclava del Señor». Dios, Padre admirable, tiene la delicadeza de pedir nuestra colaboración a sus planes grandiosos. Santa María correspondió como es debido, con el sí total, el sí de esclava: «Hágase tu voluntad».

Gracias Santa María, toda pura, toda obediente, por tu aroma y tu testimonio, el más valioso, modelo atrayente para la santidad y la obediencia de todo religioso y de todo cristiano.

Con una respuesta tan llena de humildad, María aceptó lo que Dios le propuso: se entregó a la voluntad de

Dios como una verdadera esclava. Y en aquel mismo instante se realizó el mayor de los milagros: el que era desde la eternidad verdadero Dios, en aquel momento se despojó de su divinidad y se convirtió en un hombre mortal.

El Niño Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre; pero ocultando su divinidad, apareció ante nosotros como un niño cualquiera, que pasa hambre y pasa frío, que puede enfermar y que poco tiempo después de nacer tiene que huir al desierto de Egipto porque el rey Herodes lo busca para matar.

Esta visita que el Arcángel San Gabriel hizo a la Virgen en su casita de Nazaret, ha sido la más importante del mundo, porque de la respuesta que le diera María dependía la salvación de todo el género humano; los que nacieron desde el principio del mundo y los que todavía nacerán hasta el fin de los siglos.

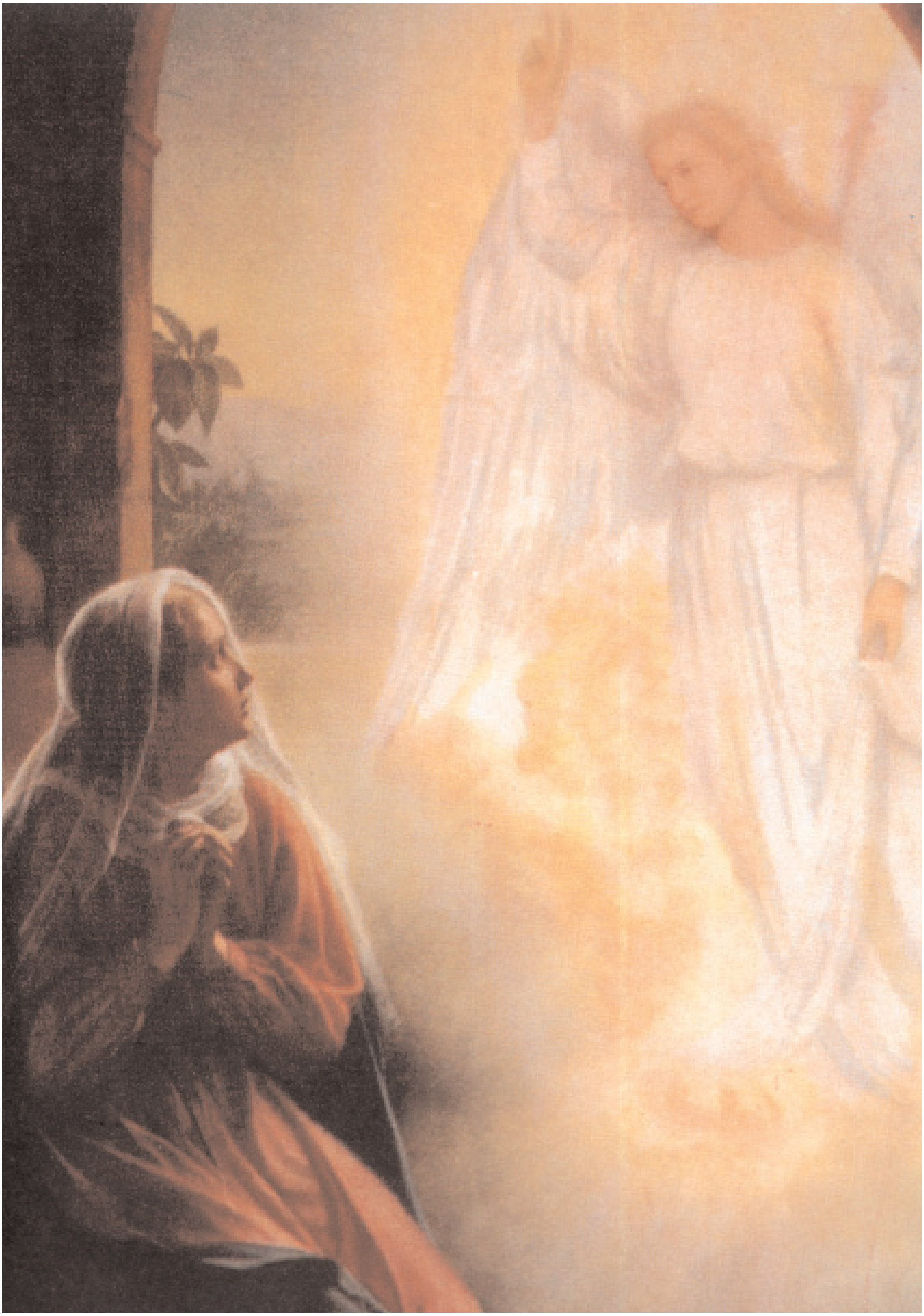
Por haberse hecho Cristo hombre, todos podemos salvarnos, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 2).

¿Verdad que a tan valiente y generosa joven de Nazaret, bien le podemos decir «gracias» por no haber pensado en ella misma ni un sólo instante y haber aceptado con gusto, una misión que ella sabía le iba a importar muchos sufrimientos, pues conocía las Escrituras y los dichos de los profetas, donde nos dicen todo lo que tendría que sufrir Jesús hasta morir en una cruz, estando ella presente y sufriéndolo todo en compañía con Él?

Diciendo «Sí» al ángel, María se convirtió en la Madre de Dios, y también se hizo Madre de todos los hombres; porque como nos dice el Apóstol: «Todos somos un solo cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros» (Rm 12, 5). «Cristo es nuestra cabeza y todos nosotros sus miembros» (Ef 4, 15-16). ¡Luego todos somos hijos de María! ¡Qué dicha poder llamarla «Madre»!

En el mismo momento en que María pronunció su trascendental fiat, el Verbo de Dios se hizo hombre en sus virginales entrañas y empezó a habitar entre nosotros.

A lo largo de la conversación de María con el ángel aparecen claramente su sencillez, su prudencia y sabiduría, su fe, su obediencia y su humildad. La pregunta formulada por María no envuelve duda ninguna ni pone condición alguna; es la pregunta del que desea informarse sobre el modo en que se realizará el gran misterio. Su fe en la revelación del ángel fue completa y sin reservas. Por tanto, su consentimiento, sabiendo que iba a ser Madre de Dios, no fue pasivo, sino que fue totalmente libre y sin coacción.



Visita de María a Isabel

El ángel Gabriel había anunciado otra gran noticia a María: que su prima Isabel esperaba un hijo. Isabel y su esposo Zacarías eran de edad avanzada y estaban un poco desolados viéndose envejecer solos. Ya había muchos años que habían perdido la esperanza de tener hijos, pues, a su edad, solamente con un milagro podían tener un hijo.

Pero Dios hizo ese milagro, y el ángel Gabriel se lo contó a María, y es por eso que a la Virgen le entraron unas ganas locas de viajar nada menos que 120 kilómetros a pie, con cuestas, bajar desde Nazaret y luego subir hasta los 750 metros sobre el mar de Jerusalén, por caminos difíciles y embarrados, serían al menos unos cuatro días de viaje.

Deseaba, sobre todo, compartir con ella la común alegría y aclamar a los cuatro vientos las grandezas y las misericordias de Dios, con alguien que la comprendiera.

Y también quería ayudar a su prima, porque María no ignoraba que el nacimiento de un niño supone mucho trabajo en una casa, y más a su prima por ser ya de avanzada edad.

Por fin, después del largo viaje, llega María a la casa de Isabel, y llamando a la puerta, saludó a Isabel. Pero Isabel, en vez de corresponder al natural saludo de su prima, llena del Espíritu Santo, prorrumpió en alta voz, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿De donde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Pues apenas llegó la voz de tu salutación a mis oídos, brincó de gozo el hijo en mi seno. ¡Dichosa la que creyó que tendría cumplimiento lo que se le dijo de parte del Señor!». Dijo entonces María:

«Mi alma alaba al Señor, y salta de gozo mi espíritu en Dios mi Salvador; porque puso los ojos en la pequeñez de su sierva. Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque en mí obró grandezas el Poderoso, cuyo nombre es Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen. Hizo grandes cosas con su brazo, y dispersó a los soberbios y engreídos pensamientos. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes; a los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos despachó vacíos. Acogió a Israel su hijo, y tuvo de él misericordia, según prometió a nuestros padres, a Abraham y a toda su descendencia por siempre». Y María permaneció con ella como unos tres meses, y luego se volvió a su casa.

Permaneció en aquella casa hasta después de nacer San Juan. Tres meses sirviendo a Isabel, con toda la humildad de una criada. Y sirviéndonos a nosotros de ejemplo que deberíamos estar ansiosos de imitar.

Desposorios de María y José
(Mt 1,18-25)

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Desposada su Madre María con José, antes de que conviviesen se halló que había concebido del Espíritu Santo. José, su marido, como era justo y no quería denunciarla, resolvió despedirla en secreto. Mientras andaba él con estos pensamientos, un ángel del Señor se le apareció en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir contigo a María tu mujer, puesto que lo concebido en Ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús; porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta: «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le llamarán de nombre Emmanuel» (Is 8, 8), que traducido significa «Dios con nosotros».

Despertado José del sueño, hizo lo que le mandó el ángel del Señor. Tomó consigo a su mujer, y, sin haberla conocido, ella, dio a luz su hijo, y le puso por nombre JESÚS.

Comenta el padre Urrutia: «El disgusto de San José al ver que María iba a tener un hijo, debió ser mayúsculo.

¿Cómo es posible que María? Y ahora según la ley debía denunciarla. Siempre había querido por encima de todo cumplir la ley. Pero conocía lo suficiente a María para estar cierto que no, que era absolutamente imposible fuese infiel. Por eso en conciencia no pudo denunciarla. Entonces ¿qué hacer? Sólo se le ocurrió abandonarla, aunque hubiera preferido morir.

–¿Y la Virgen no se daba cuenta de la terrible angustia de su esposo? ¿Por qué no le aclaró la situación?

–Tal vez Dios le mandó guardar secreto o Ella no se atrevió a revelarlo sin permiso. En todo caso, no cabe duda que, aun sin perder nada de su completa confianza en Dios, tuvo que sufrir mucho viendo la angustia de su esposo, y quizá sin saber el porvenir suyo y de su Hijo, si era repudiada...».

Pero todo quedó aclarado con la visita del ángel a José, y desde aquel momento ya no solamente la tuvo por Santa, sino mucho más, pues era la Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo. Él no se consideraba digno vivir bajo su mismo techo, pero, obediente a Dios, hizo lo que le había mandado el ángel y la recibió en su casa.

Dios que eligió para Madre a la más santa y a la más virtuosa de todas las mujeres, no es de extrañar que también eligiera entre todos los hombres al más santo, al más perfecto y al más virtuoso para que hiciera las veces de padre.

Viaje a Belén (Lc 2, 1-7)

«Por aquellos días salió un decreto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse cada cual a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, hacia Judea, a la ciudad de David, para inscribirse en el censo juntamente con María, su esposa, que se hallaba en cinta. Estando allí, se le cumplió el tiempo de su alumbramiento y dio a luz a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en la posada.»

Después de un largo camino lleno de incomodidades, los Santos Esposos llegaron a Belén, y no hallaron quien los albergase. Se recogieron en una cueva, que estaba fuera y pegada a los muros del pueblo, donde se solían acomodar los animales. Había paja seca y San José lo adecentó 1o que pudo, preparando el mejor sitió para que descansara la Virgen, mientras San José se recostó en un cercano lugar. Y en aquel vil y desabrigado establo dio a luz la Virgen a Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales, le reclinó en el pesebre adorándole como a Dios, y reverenciándole como a Señor, y besándole como a hijo.

No encontraron lugar para ellos en el mesón.

Los pastores ante el pesebre
(Lc 2, 8-20)

«En aquel contorno estaban unos pastores acampados al raso, velando de noche por turno su rebaño, cuando se les apareció un ángel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz, por lo que se asustaron grandemente. Mas el ángel les dijo: ¡No temáis! porque os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo, el Señor. Y ésta es la señal: Hallareis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De repente apareció con el ángel una muchedumbre del ejército celestial que alababan a Dios, diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad!

Cuando los ángeles desaparecieron volviendo al cielo, los pastores se decían unos a otros: ¡Vayamos a Belén a ver esto que ha ocurrido y que nos ha manifestado el Señor! Fueron presurosos y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oyeron se admiraban de lo que les narraban los pastores. María, por su parte, guardaba y ponderaba todas estas cosas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando a Dios por todo lo que oyeron y vieron conforme se les había dicho.

Estando allí se cumplieron los días de su parto. María y José llevaban ya varios días en Belén. El alumbramiento de la Virgen tuvo lugar en una noche, cuando los pastores velaban sus rebaños en la majada, probablemente en el mes de diciembre. Una antiquísima tradición adoptada por la Iglesia celebra el nacimiento del Hijo de Dios el 25 de dicho mes.

María dio a luz a su hijo primogénito y lo envolvió entre pañales. Lo hizo Ella misma, sin ayuda de extraños. Algunos comentaristas ven en este detalle, consignado de forma expresa por el evangelista, su intención de enseñar que así como María había concebido milagrosa y virginalmente, sin testigos, así dio a luz a su hijo, Madre y Virgen también, sin más testigos que su esposo asociado a su nacimiento.

El relato evangélico es sencillo, sobrio, pero de un denso y profundo contenido. Consigna el gran misterio del amor de Dios hacia la Humanidad necesitada de salvación, su venida a vivir entre los hombres, «Dios con nosotros», el Emmanuel.

Los ángeles espabilaron a los pastores con cánticos de alegría, como de alegría fue el saludo del arcángel San Gabriel y el de María a Isabel.

Circuncisión y presentación de Jesús en el Templo
(Lc 24-21-40

Luego que se cumplieron los ocho días, fue el Niño circuncidado, le pusieron por nombre Jesús, el mismo que le fue dado por el ángel antes de que fuera concebido.

Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley. «Todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor» (Ex 13, 2). Y para ofrecer un sacrificio, según lo dicho también en la Ley del Señor: Un par de tórtolas o dos pichones (Lev 12, 8).

La profecía de Simeón. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que estaba esperando el consuelo de Israel, y en él moraba el Espíritu Santo. El mismo Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin ver antes al Ungido del Señor. Fue al Templo movido por el Espíritu, y cuando los padres llevaron al Niño para cumplir con Él las prescripciones de la ley, él lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo:

¡Ahora ya puedes, Señor, dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que preparaste a la faz de todos los pueblos. Luz para revelarse a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel!

El padre y la madre del niño estaban admirados por lo que decía: de Él. Simeón los bendijo y dijo a María su madre: Puesto ha sido éste para caída y para resurrección de muchos en Israel y para ser una señal de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.

La profetisa Ana. Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy mayor, que tenía 84 años. Se había casado joven y a los siete años se quedó viuda. No salía del Templo, sirviendo a Dios día y noche con oraciones y ayunos. Acercándose en aquel momento comenzó a glorificar a Dios y hablaba del Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Cuando cumplieron todo lo ordenado por la Ley del Señor, se volvieron para Galilea, a su ciudad de Nazaret.

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con Él.

A los cuarenta días de haber tenido un hijo, la madre israelita debía ir al Templo y ofrecer un cordero y un pichón como expiación por los pecados. Si era pobre bastaban dos pichones. María ofreció dos pichones, lo que indica que era pobre.

Adoración de los Magos
(Mt 2, 1-12)

Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en tiempo del rey Herodes, unos magos desde el Oriente se llegaron a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Al oírlo se turbó el rey Herodes y toda Jerusalén, y, congregando a todos los pontífices y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos dijeron: En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta:

«Tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el guía que apacentará a mi pueblo, Israel (Miq 5, 2).

Entonces Herodes llamando en secreto a los magos, se informó cuidadosamente de ellos acerca de la aparición de la estrella, y, enviándolos a Belén, les dijo: Id y preguntad diligentemente por el niño, y, cuando le encontréis, avisarme, para que yo también vaya a adorarle. Ellos, después de que oyeron al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella, que vieron en Oriente, marchaba delante de ellos hasta que llegó y se puso encima de donde estaba el niño.

Al ver la estrella se alegraron muchísimo. Y, llegando a la casa, vieron al Niño con María su Madre, y, postrándose, le adoraron, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra. Avisados en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

* * *

En Belén había de nacer, según la profecía de Miqueas (5, 1) el Pastor de Israel, y si humildes pastores son las primicias de su pueblo y sus preferidos –por humildes y por pastores, imagen de sus apóstoles–, luego los Magos son símbolo de los gentiles, de todas las razas, llamadas a ser único rebaño del Pastor ahora recién nacido, al que ofrecen oro como a rey, incienso como a Dios, mirra como a hombre.

Los Magos serían ricos príncipes, por sus dones, pero no parece fueron reyes. Seguramente pertenecían al imperio Persa, serían asirios o medos, los cuales eran muy versados en astrología. Desde luego eran sabios. Con ellos la ciencia profana adora por primera vez a Jesucristo. Serían amigos entre sí. No hay razón para suponer que uno fuese negro. No se sabe con seguridad cuántos eran ni cómo se llamaban. A partir del siglo VIII se generalizaron estos tres nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar, que significan respectivamente: Rey de la Luz, Tesorero y Protegido del Señor.

Conocían la Sagrada Escritura, y vieron aparecer la estrella del esperado rey de los judíos. ¿Cómo supieron lo que significaba? ¿Qué estrella era? ¿Un cometa o meteorito? ¿Una conjunción de Saturno, Júpiter y Marte del año 7 a. C.? ¿Un astro milagroso ya que aparece y desaparece y se para –lo cual es inexplicable–? En todo caso vemos que Dios se comunica también a los paganos que le adoran de buena fe, como se comunicó al Santo Job y a Abraham.

Llegaron después de la presentación del Niño Jesús en el Templo, en febrero; puesto que tras ellos la Sagrada Familia huyó a Egipto. Tal vez después de la Presentación hablasen con Herodes, éste a los pocos días ordenó la matanza de los inocentes y como castigo murió, de una enfermedad fulminante, en mes y medio. Otros, como dijimos, suponen la llegada de los Magos en enero, pero un año después del nacimiento de Jesús, demasiado tarde (¿Por qué iban a tardar tanto en llegar, habiendo buenas vías comerciales y en tiempo de paz?).

Encontraron al Niño en una casa: esto no indica que llevara ya un año en Belén, pues allí, desde luego, estuvieron más de cuarenta días, y la cueva sería la solución provisional de una noche o de varios días. Es natural se quedasen en Belén para no tener que volver, a los cuarenta días al Templo, pero no es verosímil dejasen su casa, su modo de vida y clientela de Nazaret para instalarse donde ni tuvieron amigos que les recibiesen. Por tanto, no es razonable la hipótesis de que llevasen viviendo un año en Belén.

Los Magos nos dan el gran ejemplo de seguir la estrella de Jesús. Conocen la buena nueva de su nacimiento, probablemente también otros Magos la conocerían, pero son ellos los que se ponen en camino, camino nada fácil, para ofrecerle sus tesoros. Por algo la Iglesia los venera como santos el 6 de enero.

(Padre Urrutia: «Todo el Evangelio»).

Magos se llaman los sabios de Persia y de Caldea. El Evangelio no les atribuye dignidad real ni dice cuantos eran; pero ya San Agustín y con él la tradición, nos dice que eran príncipes o reyes, y por el número de dones se han señalado a tres, a los que la misma tradición ha designado con estos nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar. Esta fiesta se llama «Epifanía», palabra griega que significa «manifestación» del Niño-Dios al mundo pagano o gentil en la persona de los Magos. Notemos también, que dice el texto sagrado: «Postrándose le adoraron». La adoración sólo se debe a Dios, lo que indica que ellos le reconocieron como Dios.

Huida a Egipto (Mt 2, 13-15).

Luego que se fueron los Magos, un ángel del Señor se presentó en sueños a José y le dijo: Levántate, toma contigo al Niño, y a su Madre, huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarle. Se levantó, tomó al Niño y a su Madre de noche, y marchó a Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta: «De Egipto llamé a mi hijo» (Os 11, 1).

Comenta el padre Ribadeneyra: «Acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificación de la Virgen, fue necesario huir aprisa a Egipto, para escapar el Niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños a José y le mandó que luego se levantase y tomase al Niño y a la Madre y se fuese a Egipto, y que estuviese allí hasta que fuese avisado.

Y pregunta el padre Urrutia: –¿Dónde se estableció la Sagrada Familia en Egipto, y cuánto tardarían en llegar? –En el Cairo una iglesia copta se levanta donde dicen vivió.

El camino lo harían de Belén a Gaza, junto a la costa, para seguir por la famosa «vía maris». Tardarían unas dos semanas, por lo menos, en recorrer los 500 kilómetros de Belén a El Cairo».

Y continuando Ribadeneyra, dice: «José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo e incomodidad y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron a Egipto. Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menos pavor y sobresalto. Porque, aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel Niño, todavía el amor era causa del temor y no los dejaba reposar.

Pero lo que más afligía a la Virgen era ver la ceguedad de aquellos pueblos en que vivían, los cuales, dejando a Dios verdadero, adoraban por dioses a las obras de sus manos, y al cocodrilo, y a las serpientes y otras sabandijas, y en ellas a los demonios, que los traían engañados».

Herodes burlado. Herodes al verse burlado por los Magos, se enfureció y mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores, menores de dos años, según el tiempo que había averiguado de los Magos... El padre Urrutia considera que debieron morir entre 20 ó 30 niños. ¡Qué pena la de la Virgen al saber que aquella matanza la había hecho el rey por odio a su propio Hijo!

Si a Herodes Dios le castigó tanto por haber matado 30 niños; ¡qué castigo merecerán los abortistas que matan millones!

Regreso de la Sagrada Familia
(Mt 2, 19-23; Lc 2, 39-40).

Muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo: Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre, y vete a tierra de Israel; porque han muerto los que querían quitar la vida del Niño.

Él se levantó, tomó consigo al Niño y a su Madre, y partió para la tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió llegarse allá; pero avisado en sueños, se retiró a la parte de Galilea, y habitó en su pueblo Nazaret, para que se cumpliera lo que estaba dicho por los profetas, que sería llamado «Nazareno».

¿Cuánto tiempo permaneció la Sagrada Familia en Egipto?

–Como un año –dice el padre Urrutia–, aunque se ha dicho que desde varios años hasta sólo unas semanas. Ciertamente tuvo que volver antes del año 6 a. C. porque ese año fue desterrado Arquelao por su crueldad, a petición de los judíos, y Judea pasó a ser gobernada por procuradores romanos. Sí debió ser después del otoño del mismo año que fuera el 4 a. C., ya que entonces volvió Arquelao de Roma confirmado en el poder. Tampoco sería mucho después, porque San José no se había enterado todavía de esto.

Una vez que la Sagrada Familia se estableció de nuevo en Nazaret, a San José no le faltaría el trabajo, pues como ya lo conocían bien, sabían que era un buen trabajador.

En Galilea gobernaba otro hijo de Herodes. Herodes Antipas, que el año 40 fue desterrado a Lyón, Francia. Hacia el año 20 fundó junto al lago de Genesaret, Tiberiades, llamada así en honor de Tiberio a donde fue a vivir: Antes vivió bien cerca de la Sagrada Familia, en Séforis, a 4 kilómetros de Nazaret. Éste era un pueblo insignificante, nunca nombrado en el Antiguo Testamento, Nazaret quiere decir flor, nazareno es por tanto florido o tallo de flor.

Según el historiador Flavio Josefo, «Herodes el perseguidor de Jesús y asesino de los inocentes, tenía llagado el vientre y sentía un fuego interior que le abrasaba las entrañas, lleno de gusanos, despedía un hedor insoportable. Encarceló a todos los principales del reino y ordenó que a su muerte los matasen a todos a fin que nadie se alegrase; pero esto no se ejecutó».

La Sagrada Familia desde Nazaret viajaba todos los años en peregrinación para celebrar la Pascua en Jerusalén y adorar a Dios en el sagrado Templo.

El Niño perdido (Lc 2, 41-45).

Iban sus padres todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron según la costumbre de la fiesta. Una vez terminados los días, al regresar ellos, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que lo notaran sus padres. Creyendo que iría entre la caravana, anduvieron camino de un día, y al buscarle luego entre los parientes y conocidos, y no encontrarle, volvieron a Jerusalén en busca de Él.

«Los varones israelitas –comenta el padre Urrutia– cumplidos los 13 años tenían obligación de subir tres veces al año al Templo. Si estaban lejos sólo subían en Pascua. Las mujeres solían acompañarlos por devoción. Los jóvenes antes de los 13 años ¡van ya!; quizá no era el primer año que llevaban a Jesús. Los antiguos, por su forma de contar los años, decían tener doce años cuando ya habían cumplido los once. Por tanto, según nuestro modo de hablar, Jesús tenía 11 años.

Si en la caravana iban separados los hombres de las mujeres, y los niños podían ir como quisieren, ya con el padre o ya con la madre, es muy fácil despistarse y no darse cuenta con quién venía Jesús.

Como pasa a veces en la vida espiritual, Cristo Jesús, en sus misteriosos designios santificadores, quiso que sintieran su falta la noche oscura. También para ejemplo nuestro, consideremos la diligencia que pusieron en encontrarlo: después de toda una jornada de camino, sin descansar volvieron a Jerusalén. Ni descansarían mucho aquellos tres días de angustia...».

San Alfonso de Ligorio, escribe: «El Apóstol San Jaime escribió que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia. Habiéndonos dado el Señor a la Virgen María por modelo de perfección, fue preciso que la colmase de penas, para que así –pudiésemos admirar en Ella e imitar su heroica paciencia. El dolor más grande que la divina Madre sufrió en su vida fue la pérdida de su Hijo, al que amaba infinitamente más que a su alma... ¡Consideremos ahora la inquietud y tristeza que experimentaría esta afligida Madre durante, aquellos tres días en que por todas partes preguntaba por su Hijo, sin hallar noticias de Él, extenuada por la fatiga sin poder hallar a su amado! Por lo cual añade Orígenes que siendo tan grande el amor que María tenía a su Hijo, sufrió más perdiendo a Jesús de lo que cualquier mártir haya sufrido en su muerte» (Glorias de María, II).

Y añaden algunos que este dolor fue el mayor dolor que sufrió María, porque en los demás dolores estaba Él siempre a su lado; pero aquí no sabía dónde estaba, ni sabía qué era lo que le pasaba.

¿Han visto a nuestro hijo?

Jesús es hallado en el Templo
(Lc 2, 46-52)

Al tercer día lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y pregúntándoles. Cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verle quedaron atónitos, y su Madre le dijo: «¡Hijo! ¿Por qué has hecho así con nosotros? Mira, tu padre y yo, llenos de pena, andábamos buscándote». Él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les dijo. Bajó luego con ellos, fue a Nazaret y les estuvo sujeto. Su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Bajo los pórticos del Templo había una aglomeración de personas, cosa muy frecuente. Eran los doctores de la Ley que enseñaban rodeados de un numeroso público. María y José se aproximaron y allí vieron al Niño en medio de los doctores, preguntando a todos. Estos sabios estaban admirados de la exactitud en las respuestas de Jesús. Hablaban con Él y le preguntaban. Se podía decir que habían cambiado los puestos: los que enseñaban –a quienes se llamaban rabinos– parecían los alumnos de este Niño extraordinario.

Así le encontraron María y José después de mucho buscarlo. Lo primero que debió pensar María fue: ¡Jesús no nos ha perdido, sino que nos ha abandonado! A este pensamiento, mientras se acercaba a Jesús, correspondieron sus palabras: «¡Hijo! ¿Por qué has hecho esto con nosotros? ¡Tú padre y yo te hemos buscado llenos de dolor!»

A pregunta tan natural de su madre, Jesús respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?»

María con el corazón dolorido, no comprendió del todo estas palabras, pues no había tenido ninguna revelación extraordinaria sobre el modo de proceder con Jesús.

Retorno a Nazaret

Después de este hecho, Jesús se dejó llevar por su padre –Tutor– José. Podemos pensar que Jesús sintió pena por dentro ante tantas horas de desasosiego de María y José. María seguro que se consideraría muy dichosa de volver los tres juntos a Nazaret: pues Él habría podido continuar la separación quedándose en Jerusalén. Mas aun no había llegado su hora de manifestarse...

Ellos no comprendieron de momento sus palabras. Jesús, Hijo de Dios, era un misterio indescifrable para ellos; era una incógnita que les trascendía.

Jesús aprende el oficio de carpintero

En el Evangelio hay dos versículos: el primero de San Mateo, por el que se considera a Jesús «el hijo del carpintero» (13, 55). y el otro es de San Marcos, en el que se dice: ¿No es éste el carpintero, el hijo de María... (6, 3).

Yo entiendo por estos dos versículos, primero que Jesús fue aprendiz de carpintero en vida de San José, y que luego fue carpintero consumado cuando habiendo muerto San José se hizo Él cargo de la carpintería y la desempeñó hasta los treinta años en que tuvo que empezar su misión salvadora a la que había venido a este mundo.

Desde los doce años, María todavía lo tendría junto a sí durante bastante tiempo. En la casa de Nazaret, la vida de la Sagrada Familia se reanudó con normalidad. Jesús ya era un muchacho y, por tanto era normal que trabajara. Y aunque el Evangelio no nos dice nada al respecto, es natural que Jesús aprendiera el oficio de José. Aprendió de su padre adoptivo la manera de encolar sólidamente la madera, de sacar bien las escuadras y de terminar perfectamente los trabajos.

En Nazaret el oficio de carpintero estaba muy bien visto. José hacía desde baúles y armarios hasta yugos y arados para trabajar con los bueyes.

Jesús mientras fue joven escuchaba atentamente los consejos de José y se fijaba en cómo trabajaba para imitarlo. Poco a poco fue cogiendo habilidad en el oficio, lo cual era una alegría para todos.

Jesús contaba a María sus progresos en el oficio. Ella se alegraba al verlo tan feliz.

Viendo endurecerse las manos de Jesús por el manejo del martillo y la sierra, ella comprendía mejor la grandeza del trabajo humano y ofrecía sus naturales ocupaciones de cocinar, coser, lavar y acarrear agua de la fuente, en unión con el trabajo manual del Salvador.

Jesús acompañó y obedeció a su Madre hasta los 30 años, como hijo obedientísimo a su queridísima Madre. Y de esta sujeción y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre. Porque no puede haber humildad más profunda que sujetarse y obedecer Dios a su criatura; ni mayor grandeza y soberanía que mandar la criatura a Dios.

Pero Jesús no solamente obedecía a su madre, sino también a San José. San José dirigía la carpintería y le decía lo que hay que hacer. Jesús le obedecía, pero cuando ya llegó a saber más que José el mismo San José preguntaba el parecer de Jesús.

Gloriosa muerte de San José

La Santísima Virgen fue elegida por Dios desde la eternidad para que fuera la Madre de su Hijo.

Dios que desde siempre ha sabido todo lo que va a suceder, ya sabía que la Santísima Virgen iba a ser la más pura y la más santa de todos los santos; por eso la predestinó para que fuera la Madre de su Hijo, que tenía que hacerse hombre para venir a este mundo a redimirnos y a enseñarnos el camino del cielo.

Por eso la Santísima Virgen ya fue concebida santa y limpia de todo pecado; y como dicen algunos doctores, ya nació conociendo a Dios y llena de gracia, que Ella aprovechó para amar cada vez más a Dios, ofreciéndose su esclava y haciendo en todo momento lo que entendía que era más agradable a Dios.

Su oración era continua, y su trato con Dios íntimo y constante por lo cual, desde muy niña hizo voto de perpetua castidad, por conocer que la virginidad era del total agrado de Dios.

Pero Dios que la había elegido para que fuera la Madre de su Hijo, tenía que darle un marido, para que cuando el Niño naciera pensaran que era fruto del matrimonio y el pueblo no la castigara como mandaba la Ley castigar a las adúlteras.

San José fue el elegido de Dios para que se casara con la Virgen, por saber que era el más santo y que respetaría la virginidad de María, haciendo también él voto de perpetua castidad.

San José cuando se dio cuenta de que su prometida era la Madre de Dios, y que Dios quería que el la protegiera siendo su marido y el padre adoptivo del Mesías prometido, se emocionó tanto, que aquello le pareció ya la gloria y un anticipo del cielo.

Desde el mismo momento en que se enteró por el ángel de aquel gran misterio y de cuál era la voluntad de Dios, recibió a María en su casa, no como a una esposa, sino como a la Reina de cielos y tierra, como le correspondía a la Madre de Dios.

José hizo todo lo que Dios le mandó, protegiendo a la Madre y al Hijo, y trabajando en el taller, donde le ayudaba Jesús cuando ya fue un poco mayor, y así vivieron desconocidos de la gente, por lo que todos creían que Jesús era hijo de San José y los creían una familia normal.

No sabemos cuándo murió San José, porque el Evangelio no nos lo dice; pero sí es de creer que debió morir antes de que Jesús empezara su vida pública, y que su muerte aconteció en los brazos de Jesús y de María, por lo cual su muerte fue la más feliz y dichosa. Es patrono de la buena muerte. «José, cuando la agonía de la muerte me llegare, tu patrocinio me ampare».

A los treinta años

A los treinta años, cuando Jesús abandonó el taller y se marchaba para cumplir su misión salvadora, Jesús no se despidió definitivamente de su Madre, pues seguro le dijo que lo podría acompañar cuando quisiera, si bien Ella por no molestar y por no dejar su vida de recogimiento a la que estaba acostumbrada en Nazaret, prefería pasarlo en el pueblo donde tenía varios familiares y amistades que la apreciaban mucho.

Recordemos aquel pasaje evangélico de San Mateo, cuando estando predicando en la sinagoga de su pueblo Nazaret, decían algunos: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y los milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban de Él» (Mt 13, 56-57).

Por el Evangelio sabemos que estos parientes de Jesús, que en hebreo se llaman «hermanos» eran hijos de una señora llamada María, casada con Cleofás Alfeo, como también confirma el historiador Hegesipo que debió escribir sus obras probablemente en el siglo II de la Iglesia.

Estos mismos parientes eran los que acompañaban a su Madre cuando nos dice San Lucas: «Vinieron a verle su Madre y sus hermanos, y no podían llegar hasta donde estaba Él por causa de la multitud que se apretujaban a su alrededor. Entonces alguien avisó a Jesús:

«Tu Madre y tus hermanos están fuera y quieren verte...» (Lc 8, 19-20). La Santísima Virgen no tuvo más hijos que a Jesús, y para que no haya confusión vamos a trasladar aquí la tesis del Dr. B.M.S.: «Hermanos» de Jesús. Esta expresión equivale a «primos o parientes» de Jesús, pues la palabra «hermano» tiene un sentido amplio en la Biblia, y muchos con razón traducen el nombre en griego «adelfoi» por parientes porque corresponde al nombre hebreo «ahim» que lo mismo significa «hermanos» como «parientes», paisanos, compañeros, amigos.

También tenemos que a Lot, se le llama hermano de su tío Abraham (Gn 14, 14). Y a Jacob, hermano de su tío Labán (Gn 29, 15). Y a los hijos de Ciá, se les llama hermanos de sus primas, las hijas de Eleazar (1 Cr 23, 21-22), etc. Ni en Hebreo, ni en arameo en que fue escrito el Evangelio de San Mateo e influyó en la catequesis primitiva aramaica en los otros evangelistas, no hay una palabra para designar «primo» y se emplea la palabra Aj (hermano) y la versión de los LXX traduce «adelfos», por hermano o primo.

Las bodas de Caná. María «mediadora» de todas las gracias.

Hoy es generalmente reconocido por casi todos los teólogos de la Iglesia católica que todas las gracias y favores que Dios nos concede a sus criaturas, nos las concede por la mano y la intercesión de la Santísima Virgen Nuestra Señora.

El primer ejemplo lo tenemos en los Evangelios, cuando en las Bodas de Caná, consiguió para los esposos el favor que necesitaban, consiguiendo de Jesús un gran milagro, aun cuando no era el tiempo de que empezara a manifestar sus milagros. Veamos el texto de San Juan (Jn 2, 1-11).

«Al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado a la boda con sus discípulos. Y, acabándose el vino, dijo la Madre de Jesús a éste: «No tienen vino». Jesús le dijo: ¡Mujer! ¿qué nos va a mí y a ti? Aun no ha llegado mi hora...»

Pero su Madre, a pesar de la aparente negativa, sabía por experiencia que Jesús nunca le negaba nada. Y es por eso que, con entera confianza, dijo a los sirvientes: «Vosotros haced lo que Él os diga».

Había allí seis tinajas para las purificaciones de los judíos, con capacidad cada una de dos a tres metretas (unos 36 litros). Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: «Sacad ahora y llevad al maestresala». Y ellos se lo llevaron. Apenas gustó el maestresala el agua convertida en vino, como no sabía de dónde era (pero lo sabían los criados que habían sacado el agua) llamó al esposo, y le dijo: «Todos sirven primero el vino bueno, y después, cuando han bebido bien, el menos bueno; pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora. Éste es el primero de los milagros que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él».

Jesús, ante la petición de María adelanta su hora de hacer milagros o de considerarla en aquel caso Dispensadora de todas las gracias.

Santa María conocía bien el corazón de su Hijo, por eso les hizo llenar las tinajas de agua. Jesús ya no podía desairarla. Utiliza el agua destinada a lo mandado por la Ley, lavarse las manos y la vajilla antes de comer.

Es probable que aquel matrimonio fuese el primer matrimonio sacramento, el primero bendecido por Jesús. Una iglesia construida donde estuvo la casa de la boda, la recuerda todavía hoy.

Éste es el primer testimonio público de Jesús, con el que demostró que Él era el rey de la naturaleza y podía convertir el agua en generoso vino.

Entrada triunfal en Jerusalén
(Mt 21, 1-17; Mc 11, 1-10; Lc 19, 29-44; Jn 12, 12-19).

¿Acompañaba María a Jesús ese día en la entrada triunfal a Jerusalén? No lo sabemos, pero lo más probable es que sí lo acompañara. San Lucas en el capítulo 2, 41, nos asegura que la Sagrada Familia iba todos los años por las fiestas de Pascua a Jerusalén. Primeramente iban los tres; después que murió San José, iban juntos Jesús y María, y más tarde cuando la vida pública de Jesús, es seguro que María los acompañara todos los años, junto con las santas mujeres de las que nos habla San Lucas (8, 2-3) que solían acompañar a Jesús y le ayudaban con sus bienes. Veamos el texto de San Lucas:

Cuando se acercó a Betfagé y Betania, cerca del monte que llaman de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea de enfrente, en la que, al entrar, hallareis atado un borriquillo, sobre el cual nadie ha montado todavía; desatadlo y traedlo. Y si alguno os preguntara, ¿por qué lo desatáis? le diréis así: El Señor lo necesita. Fueron los enviados y hallaron todo como les dijo. Estando desatando el borriquillo, les dijeron sus dueños: ¿Por qué desatáis el borriquillo? Y ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita.

Lo llevaron a Jesús; echaron encima del borriquillo sus mantos e hicieron que Jesús montara sobre él. Mientras Él caminaba, las gentes tendían sus vestidos sobre el camino. Cuando ya estaba cerca de la bajada del monte de los Olivos, comenzaron toda la muchedumbre de los discípulos, llenos de alegría, a alabar a Dios con grandes voces por los milagros que habían visto, diciendo:

¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! (Sal 118, 26).

Algunos de los fariseos, que estaban entre la multitud, le dijeron: ¡Maestro, reprende a tus discípulos! Él respondió: Yo os digo que, si estos callan, gritarían las piedras.

Jesús llora sobre Jerusalén cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella y dijo: ¡Oh, si tu conocieras en este día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te estrecharán y apretarán por todas partes, y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada.

¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas y no has querido!

María en la institución de la Eucaristía

La entrada en Jerusalén debió ser fatigosa y agobiante. Las calles estaban atestadas de peregrinos y gentes que acudían a la fiesta de la Pascua; las plazas y las cercanías del Templo las llenaban los mendigos, los mercaderes y los curiosos, que habían llegado allí para presenciar el desfile de los sacerdotes y los vendedores de los animales para el sacrificio.

Al anochecer, Jesús y sus discípulos entraron en la sala que Pedro y Juan habían preparado para la celebración de la Pascua. Había sido degollado el cordero y asado al fuego; estaban aliñadas las hierbas amargas.

Jesús celebró la cena con los suyos e instituyó el sacrificio de la Nueva Alianza en su sangre, como memorial de su muerte: la muerte y la glorificación del verdadero Cordero que quita el pecado del mundo.

Mientras comían, tomó Jesús pan, y después de bendecirlo, lo repartió, dándoselo a sus discípulos dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Y lo mismo después de haber cenado, tomando un cáliz, y dando gracias se lo dio, diciendo: «Tomad y repartíroslo: bebed todos de él, porque ésta es mi sangre. Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros, la cual es derramada por muchos, para remisión de los pecados...» (Mt 26, 26-27; Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-20). ¿Participó la Virgen María en esta cena? Nada dicen los Evangelios sobre esto. Tampoco consta que estuviese presente en el Cenáculo, como recordaba Juan Pablo II en la misa del 2-6-88. Pero aunque no tengamos documentos escritos, si tenemos en cuenta la importancia y la significación de aquella última Cena del Redentor, y si reflexionamos sobre el desarrollo normal de los acontecimientos salvíficos de esta noche, llena de misterios, podemos decir que es muy probable que María estuviera presente en el cenáculo. Es más: podemos afirmar también que Ella celebró la cena de la Pascua en esa misma noche. Sabido es que la celebración de la cena pascual comprendía a las mujeres, incluso a los niños, lo mismo que a los hombres. En este supuesto, ¿dónde celebró la Madre de Jesús la Pascua de este año? «Hay que dar por seguro que María, una vez que había ido en peregrinación a Jerusalén, estaba sometida a la obligación legal de tomar parte dentro de la ciudad en la solemnidad de la cena pascual».

Si María, como suponemos, se encontraba en Jerusalén con el grupo de las piadosas mujeres, no hay duda que celebró la Pascua en la misma instancia donde la celebró Jesús» (F. M. Willam).

María en la noche oscura

Según la expresión de San Juan de la Cruz, la «noche oscura» es el término empleado para indicar la mayor angustia y desolación sufrida.

Cuando prendieron a Jesús en el Huerto, sus discípulos huyeron y se dispersaron. ¿Dónde? ¿Quedaron tal vez escondidos entre los árboles hospitalarios del huerto, o volvieron presurosos hacia la ciudad por el torrente Cedrón para informar a los compañeros? Tal vez se encerraron en el cenáculo, como lo harían más tarde, el domingo, por miedo a los judíos.

Si volvieron al cenáculo, y si María se encontraba aún allí, se enteró por ellos de lo sucedido y de cómo Jesús había sido apresado y maniatado. En caso de haberse ausentado y haberse trasladado a otra casa, ¿cuándo se enteró de estos últimos acontecimientos?

Tal vez la informó el Apóstol Juan o Pedro, hacia la medianoche, cuando después de haber negado tres veces al Señor, derramando lágrimas de arrepentimiento y dolido en su corazón, salió furtivamente del palacio de Caifás. ¿Hacia dónde se encaminó? Probablemente hacia la casa donde se encontraba la Madre de Jesús. En cuanto se enteró María de lo que le estaba sucediendo a su Hijo: la corona de espinas, la flagelación, las burlas y las blasfemias y malos tratos, tuvo que experimentar las duras penas de la fe y aquella angustia mortal que le predijera Simeón: «Éste ha sido puesto para caída y para resurrección de muchos en Israel, y para ser una señal de contradicción, Y una espada de dolor atravesará tu alma...» (Lc 2, 34-35).

A lo largo de la vida había superado dificultades espirituales, y había pasado por las noches oscuras del espíritu, hasta sentir una particular fatiga del corazón, como la llamó el Papa Juan Pablo II. Todo eso no fue más que una preparación y una sombra, en comparación con la prueba que estaba experimentando en esos momentos… Era su Hijo el que había sido apresado en el Huerto de los Olivos, y era el Hijo de Dios el que estaba siendo ultrajado, azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas por la soldadesca a las órdenes de Pilato y Herodes, y humillado y ridiculizado por las autoridades civiles y religiosas.

¿Cómo confiar que Él sería el Salvador y Redentor de los hombres? Ella, firme en la fe, creyó y esperó contra toda esperanza. Su conformidad con la voluntad de Dios, no restó fuerza a su dolor, que partía su corazón. Estaba comenzando a sufrir las horas más tristes y más difíciles de su vida...». E. Llamas.

Se estaba cumpliendo la profecía: ¡Y una espada atravesará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones!

Encuentro de María con Jesús

Dice San Bernardino que para comprender el gran dolor de María a quien la muerte le va a arrebatar a su Hijo, es preciso poder comprender el grandísimo amor que esta Madre tiene al mismo. Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos. Por eso la Cananea gritaba al Salvador: ¡Ten compasión de mí! No le dijo que tuviera compasión de su hija, atormentada por el demonio, sino que simplemente le dice: ¡Ten compasión de mí! (Mt 15, 22).

Pero ¿qué madre amó jamás tanto a su hijo como María a Jesús? Jesús, al mismo tiempo que era su hijo amantísimo, era su Dios, el cual vino a la tierra «para encender todos los corazones en el fuego del divino amor» (Lc 12, 49) ¿Pues qué gran fuego encendería en el corazón de su Madre, tan pura y libre de todo afecto mundanal? Ella misma reveló a Santa Brígida que su propio corazón y el de su Hijo eran como una misma cosa. Pero que después, en el tiempo de la Pasión aquel volcán de amor, se convirtió en un enorme mar de dolor, por lo cual dijo San Bernardino que, aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, nunca llegarían al de la bienaventurada Virgen María.

La tradición piadosa ha admitido desde muy antiguo que Jesús, que portaba la cruz, tuvo un encuentro con su Madre en la vía Dolorosa. El rezo del Vía-crucis lo conmemora en la cuarta estación. Este encuentro de la Madre más amable del mundo, con el Hijo digno del mayor amor, fue el suplicio más tremendo, como comenta San Ligorio.

La Madre quería abrazar al Hijo, pero los verdugos la arrojan con injurias y la arrastran de la presencia del adorable Jesús. María le sigue: ¡Ah Virgen Santa!, ¿dónde vais?, ¿al Calvario?

¿Y tendréis valor para ver pendiente de un leño al que es vuestra vida? ¡Ah Madre mía!, deteneos, le diría entonces Jesús.

¿A dónde os dirigís?, ¿a dónde vais? Si queréis acompañarme seréis atormentada con mi suplicio, y Yo con el vuestro.

Mas a pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un dolor tan cruel, la Madre va en pos de Él para ser también crucificada con Jesús.

Pregunta San Juan Crisóstomo: «¿Por qué Jesucristo en sus otras penas quiso estar solo, y para llevar la Cruz quiso que le ayudase el Cirineo? y contesta que la cruz sola de Jesucristo no basta para salvarnos si nosotros no llevamos también la nuestra con resignación hasta la muerte».

Ya lo había dicho Él: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mc 8, 34).

La crucifixión de Jesús
(Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 19)

«Le condujeron a un lugar llamado Gólgota, que significa La Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con hiel. Pero Él, después de probarlo no lo quiso beber... Y lo crucificaron. Era la hora de tercia cuando le crucificaron. Y con Él crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a la izquierda.»

Pilato escribió un letrero que estaba sobre la cruz: «JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS». Estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Los que pasaban por allí le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: «Tú que destruías el Templo y lo reedificabas en tres días, sálvate ahora a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

Todo el pueblo estaba mirando, mientras los príncipes de los sacerdotes se burlaban y decían: ¡A otros ha salvado, pues que se salve a sí mismo! ¿Es el Rey de Israel; pues que baje ahora de la cruz y creeremos en Él.

Uno de los malhechores le injuriaba desde la cruz y le decía: «¿No eres tú el Cristo?, pues sálvate a ti y a nosotros». Pero el otro lo reprendió, diciendo: «¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo que merecemos; pero éste nada malo ha hecho».

Y volviéndose a Jesús le dijo: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino! Él le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Madre e Hijo

Había allí muchas mujeres mirando desde lejos. Y junto a la cruz de Jesús estaba su Madre y la hermana de su Madre María la de Cleofás y María Magdalena.

Viendo Jesús a su Madre y junto a Ella al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Después dice al discípulo: «He ahí a tu Madre», y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo.

Y Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu...».

María nuestra Madre: El Evangelio nos dice: «Jesús mirando a su Madre y al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Después dice al discípulo: ¡He ahí a tu Madre! Y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo».

Con estas palabras Jesús hacía de María la Madre de todos los hombres. Quedaba nombrada Madre de Juan, Madre de los Apóstoles; Madre de la Iglesia naciente, y por tanto, Madre de todos los creyentes.

En esta solemne declaración de Jesús agonizante, Ella sintió que su corazón se extendía al infinito.

La sepultura

(Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 19)

Llegada la tarde, como era víspera de la gran fiesta, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era senador, varón bueno, y justo, que se había hecho también discípulo de Jesús, pero oculto, por miedo de los judíos, y que esperaba también el Reino de Dios, y fue resueltamente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Vino también Nicodemo, el que antes había visitado de noche a Jesús. Traía una mezcla de mirra y aloe, como cien libras.

Pilato se extrañó que ya hubiese muerto. Llamó al centurión y le preguntó si había muerto ya.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José.

El cual compró una sábana y lo bajó. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas, como es costumbre sepultar entre los judíos.

En el sitio donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo excavado en la roca, en el cual aun no había sido nadie colocado, y como estaba cerca, sepultaron allí a Jesús.

Y corrieron una gran piedra sobre la entrada.

Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas delante del sepulcro. Las mujeres que le habían acompañado desde Galilea, siguieron de cerca y observaron el sepulcro y cómo era colocado el cuerpo.

Cuando regresaron prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según la ley.

Los judíos aseguran el sepulcro. Al día siguiente se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos y dijeron a Pilato: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo cuando aun vivía: «Después de tres días resucitaré». Manda, pues, guardias para custodiar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: «Ha resucitado de entre los muertos. Y esta última impostura sea aun peor que la primera». Pilato contestó: «Ahí tenéis la guardia: id y guardarlo como vosotros sabéis». Ellos fueron y sellaron la piedra (la precintaron y le pusieron el sello real), y aseguraron el sepulcro con la guardia.

El sepulcro fue sellado y custodiado por sus enemigos. Dios lo quiso como una última prueba para los judíos, prueba de su resurrección a la cual también se cerraron. Como se cierran otros que inventan fábulas a su capricho. Que Cristo no murió, que lo sacaron los apóstoles, que huyó a la India. ¡Cualquier tontería es válida para no creer!

La Resurrección del Señor

(Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20)

Pasado el sábado, ya al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De repente sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, y llegando descorrió la piedra que cerraba el sepulcro, y dejándolo abierto, se sentó encima de ella. Su aspecto era como el de un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo al verlo, y quedaron como muertos.

El ángel habló a las mujeres y les dijo: Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí, porque ha resucitado según dijo. Venid y ved el sitio donde yacía. Ahora id, aprisa y decid a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos», y sabed que va antes que vosotros a Galilea; allí le veréis, ya os lo he dicho.

Alejándose enseguida del sepulcro con miedo y con gran alegría, corriendo a dar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús salió a su encuentro, y les dijo: ¡Salve! Llegándose a ellas, le abrazaron los pies, y le adoraron. Jesús les dijo entonces: No temáis: andad y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea y allí me verán.

Los guardias sobornados

Mientras iban ellas, algunos de los guardias fueron a la ciudad y refirieron a los pontífices todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, acordaron en consejo dar bastante dinero a los soldados y decirles: Decid: «Sus discípulos fueron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos». Y si llegase esto a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y os libraremos de cuidado. Ellos tomaron el dinero, e hicieron como les dijeron, y se corrió esta voz entre los judíos hasta el día de hoy.

Antes de nada queremos añadir que a la primera que se le apareció Jesús después de resucitado, fue a su Santísima Madre. El Evangelio no dice nada; pero los santos doctores son unánimes en afirmarlo, y especialmente Santa Teresa de Jesús, que gozó de un trato tan íntimo con Dios, le dijo el Señor en una aparición que después, de resucitado, había estado mucho con Ella, consolándola y dándole ánimos, porque estaba muy triste y traspasada de la angustia de aquel incomparable dolor que Ella sufrió viéndole morir desangrado, colgado de la cruz.

María sufrió lo que no se puede comprender ni imaginar viendo a su Hijo colgado de la cruz entre inauditos dolores. Por eso Jesús en cuanto resucitó se apresuró a consolarla y compartir con Ella del gozo de su triunfo (Cuentas de Conciencia, 13, 12).

La Ascensión del Señor

Al hablar de la resurrección del Señor, me hubiera gustado hablar de todas las apariciones que nos relatan los Evangelios y que son preciosas; pero por falta de espacio, voy a resumir como lo hace San Pablo en su primera a los Corintios (15, 3-8), dice así: «En efecto, yo os he transmitido, en primer lugar, aquello que yo mismo he recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado, y que fue resucitado según las Escrituras, al tercer día, que fue visto por Pedro, y después por los doce. Luego fue visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayoría viven todavía, y algunos ya murieron. Después fue visto por Santiago, posteriormente otra vez por todos los apóstoles, y al fin, después de todos se me apareció también a mí».

San Lucas en los Hechos, 3, también nos dice que a los apóstoles se les apareció vivo después de su pasión con muchas pruebas evidentes, siendo visto por ellos por espacio de cuarenta días en los que habló del reino de Dios...

Dichas éstas y otras muchas cosas, estando en el Monte Olivete, a la vista de ellos fue elevado, y una nube lo oculto a sus ojos, y mientras tenían fijas sus miradas en Él, que se iba al cielo, dos varones con vestidos blancos se les presentaron y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que de en medio de vosotros os ha sido arrebatado al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo» (Hech 1, 9-11)

El día de la Ascensión estaban reunidos los discípulos en el Monte de los Olivos. Desde lo alto de la colina divisaban la ciudad santa; a lo lejos se destacaba la construcción del gran Templo en medio de los pórticos que lo rodeaban. Detrás sobresalían las torres del palacio de Herodes, y un poco al norte la cima del monte de la Calavera, que había coronado la cruz en la que clavaron el cuerpo dolorido de Jesús.

Acompañaban a los Apóstoles la Virgen María, los hermanos (primos) de Jesús y las piadosas mujeres que habían venido con Él desde Galilea. ¿Podemos pensar cuáles serían los sentimientos de la Virgen María en estos momentos de despedida de su Hijo. Ella había vivido los días pasados en una situación muy especial, mezcla de alegría por la gloria de la resurrección y de dolor por el recuerdo de todo lo pasado. Este dolor cobro un nuevo matiz a partir de la despedida de Jesús. ¿No tendría alguna palabra de atención para su madre, antes de despedirse de ella? ¿Quién puede dudarlo? Pero esa atención y ese gesto delicado, no le quitó toda la añoranza de irse con Él.

María en Pentecostés
(Hech 2, 1-22).

El día de Pentecostés tiene un significado singularísimo en la historia de la salvación. Es un acontecimiento de un rico contenido teológico, espiritual y pastoral. Son múltiples las consideraciones que se pueden hacer sobre su significado y sobre su dimensión salvífica y eclesial, En Pentecostés está reunida toda la Iglesia en torno a la figura de María, la Madre de Jesús.

Los discípulos y las mujeres, bajo la presidencia de María, se instalaron en el Cenáculo –lugar de tantos recuerdos–. Permanecieron allí en oración nueve días. No salían a la calle por miedo a los judíos, que les acusaban de haber robado el cuerpo de Jesús para fingir su resurrección. El menor ruido, les hacía sobresaltarse. Solamente María estaba calmada y serena. Ella animaba y tranquilizaba a aquellos hombres, temerosos de que en cualquier momento alguien viniera a arrestarlos.

La oración de la Virgen era más ardiente que nunca. Sospechaba el gran cambio que el Espíritu Santo debía realizar en aquellos hombres, iluminándolos y fortaleciéndolos, para que así fuesen verdaderos apóstoles.

La mañana del día décimo –día cincuenta después de la resurrección–, cuando rezaban juntos, se oyó un ruido parecido al de un fuerte viento. Vieron aparecer unas lenguas de fuego que se posaban sobre cada una de sus cabezas. Se sintieron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diferentes lenguas, las cuales desconocían minutos antes.

Aquellos hombres que la víspera temblaban de miedo, abrieron todas las puertas del Cenáculo, salieron fuera y Pedro empezó a predicar a Jesús resucitado.

Qué gozo y alegría embargaba a la Virgen. Esposa de Dios Espíritu Santo después de la Anunciación. María recibió su recompensa ese día de Pentecostés, al comprender claramente entonces toda su vida pasada. Admiraba la obra de Dios en aquella Iglesia naciente, a la cual tanto colaboró.

Pentecostés significa la manifestación del nacimiento de la Iglesia, y su presentación oficial ante el mundo entero, entonces conocido, representado en Jerusalén por gentes de todas las regiones. Pontos, Medos, Elámitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto, de Libia; de los confines de Cirene, y los romanos que residían allí: judíos, prosélitos, cretenses y árabes (Hech 2, 9-12).

¡Y el gran milagro: pues siendo tantos y de distintas lenguas, cada cual los oía en su propia lengua nativa!

La belleza de María

En los Hechos de los Apóstoles (17, 22-34), se nos habla del gran sermón del Apóstol San Pablo a los atenienses en el Areópago de Atenas. Se dice que la mayoría se burlaron de él; pero, sin embargo, hubo algunos que aceptaron la doctrina y se convirtieron, como Dionisio el Areopagita, y una mujer llamada Dámaris y con ellos otros más. Al parecer, San Dionisio llegó a ser un ferviente discípulo del Apóstol y le oyó decir tales cosas de María la Virgen, que nada deseaba tanto como poder subir a un barco y arribar en las costas de Israel, para poder encontrarse allí con tal excelsa Señora.

El padre Nieremberg, lo cuenta en su obrita: «De la Afición y Amor a María» Y dice así: «Uno de estos santos que viajaron tan lejos por ver a María fue San Dionisio Areopagita, que dejando su patria y casa, hizo un largo camino por sólo ver a la que tanto había oído, alabar a San Pablo; y luego que la vio quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado por Dios, si no le dijera la fe lo contrario, y no se lo hubiera enseñado su maestro Pablo. Y así, en una carta que escribe al mismo apóstol, agradeciéndole que por su consejo y con el favor que le había dado para San Juan Evangelista había llegado a ver a María, dice esto “Digo la verdad delante de Dios, que no creí que fuera, de Dios se podría tener, ni entender por hombre alguno lo que yo vi, no sólo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo; porque miré y remiré y con mis propios ojos a la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la Madre de Cristo Jesús, Señor nuestro, a la cual la benignidad de Dios, y la autoridad de la cumbre apostólica, la clemencia inagotable de la misma Virgen Santa me permitió ver. Digo y confieso otra y más veces delante de la omnipotencia de Dios, y de la clemencia del Salvador, y de la gloria y de la majestad de la Virgen su Madre, que cuando San Juan (cumbre del Evangelio y de los profetas, que aun habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo) me llevó a la deiforme presencia de la Santísima Virgen, fue tanto lo que un resplandor divino e inmenso me hirió por de fuera, o interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los olores y aromas, que cubrió todos que ni el cuerpo miserable ni el espíritu podían sufrir tantas muestras de la eterna felicidad...

Pongo por testigo a aquel Dios que estaba con la Virgen, que creyera que era Ella Dios verdadero, sino me hubiera enseñado otra cosa su divina doctrina...”». (Todo esto es de San Dionisio).

Dormición de María

Siendo Ella ya de anciana edad, viendo extendido por el mundo la fe y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida y la llevase a gozar de su bienaventurada presencia.

Oyó el Hijo los piadosos ruegos de la Madre, a quien siempre oye, y le envió un ángel con la alegre noticia de su muerte, la cual Ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió a su querido hijo Juan Evangelista. Él lo dijo a los fieles que estaban en Jerusalén, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos a Jerusalén, y se juntaron en el monte santo de Sión, en la casa donde Cristo había celebrado la sagrada Cena e instituido aquella mesa real de su sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo había venido en lenguas de fuego.

La mayor parte de los fieles llegaron con velas y ungüentos aromáticos, como tenían de costumbre. Y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, llegaron muchos cientos de cristianos de sitios muy lejanos donde ya habían llegado predicando los Apóstoles y tenían gran deseo de conocer a Nuestra Señora.

Cuando la Virgen Santa vio tantas almas ganadas para su Hijo que venían a venerarla, tuvo un gozo inefable, no por el aprecio que le demostraban a Ella, sino por saber que todo lo hacían por su Hijo muy amado.

Sintiendo una gran opresión en el pecho, debida al fuerte amor que sentía de hallarse ya muy cerca de su Hijo, se recostó en una humilde cama, y mirando a todos, que estaban con velas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano, les hizo señas para que se acercasen, para darles su bendición, y los bendijo suplicando al Hijo que Él la confirmase desde el cielo y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban.

Todos se deshacían en lágrimas por la ausencia de tal Madre, y Ella los consolaba y decía: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados; no lloréis porque os dejo, sino alegraos porque voy a mi querido, desde donde no pienso olvidaros, y pediré mucho por vosotros».

Dio su alma a aquel Señor, a quien Ella había dado su carne, la noche antes del 15 de agosto, cuando tenía cumplidos setenta y dos años, menos veinticuatro días, según la más probable y verdadera opinión.

Entierro y Asunción de la Virgen

La llegada inesperada de los Apóstoles a Jerusalén, parece una coincidencia milagrosa. Algunos piensan que se reunieron para la celebración del Concilio de Jerusalén. La cosa es que, según la tradición más antigua y venerable, se reunieron todos allí, al rededor de la Santísima Virgen cuando Ella se disponía a morir.

La tristeza de los Apóstoles fue grande cuando al llegar encontraron a María en la cama enferma de amor suspirando encontrarse cuanto antes con su Hijo. Por otra parte se alegraban al percibir la alegría de la misma Virgen al conocer que ya estaba muy próximo el feliz encuentro con Aquel que era toda su vida y su amor. ¡Qué explosión de alegría y júbilo no sería para la Virgen, ver de nuevo a Jesús en el Cielo, contemplarlo con el cuerpo glorioso, ascendiendo hacia Él, brillando como el sol con el resplandor de la gracia!

«Una gran señal apareció en el Cielo: una mujer revestida del sol y la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas» (Ap 12, 1).

La Virgen rebosaba de júbilo pensando en su próximo encuentro con su amado Hijo, con el Padre, y con su divino Esposo el Espíritu Santo. La Virgen cerró los ojos y se quedó como dormida, con un rostro angelical. Los Apóstoles al verla todos lloraban más de emoción y de alegría por la felicidad que se le acercaba a María que por tristeza. Después se pusieron todos a cantar salmos, dando gracias a Dios por la gloria de la Virgen y por haberles permitido a ellos estar todos allí y haber podido experimentar este glorioso espectáculo. Después fue colocada por las mujeres en un bonito ataúd que fue llevado a hombros a cara descubierta hasta la sepultura que le tenían preparada en el Valle Josafat, donde igual que su Hijo reposó solamente tres días, según una larga tradición de la Iglesia católica, griega y latina.

Es también parte de esta tradición que uno de los apóstoles, Santo Tomás, el mismo que no estuvo en la primera aparición de Cristo en el Cenáculo, llegó tres días después, y rogando mucho a los santos apóstoles Pedro y Juan, que lo acompañaran a la sepultura para poder ver por última vez el rostro de Nuestra Señora, resultó que cuando llegaron y levantaron la piedra, hallaron el sepulcro vacío, y despedía de él tal fragancia de un divino perfume, que dejaba muy claro que la Reina de los ángeles y de los hombres, acababa de subir al cielo. Atónitos y consternados, rápidamente volvieron a Jerusalén y propagaron la gran noticia de que la Virgen había subido en cuerpo y alma al cielo.

Asunción de María al Cielo

Como ya hemos dicho, al tercer día llegó el Apóstol Santo Tomás, que no se había hallado a la muerte de la Virgen, y deseando ver y reverenciar el santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasión se manifestase lo que sucedió. Porque abriendo el sepulcro no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente la sábana bien compuesta y los lienzos con que había sido envuelto su cuerpo, los cuales ellos besaron; y cerrando el sepulcro, del cual salía un olor suavísimo, y más de cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron a la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que aquel cuerpo sacratísimo, unido ya con su alma gloriosa, glorioso y resplandeciente, había resucitado y subido al Cielo.

«Todas las generaciones la han aclamado bienaventurada» (Lc 1, 48). Desde la era apostólica, todos los cristianos del mundo hemos creído en su exaltación en cuerpo y alma a los cielos. Pero ahora el Papa Pío XII, en 1950 proclamó como verdad revelada lo que antes ya casi todos creíamos. He aquí un resumen de la proclamación:

La augusta Madre, misericordiosamente unida a Jesucristo desde la eternidad, en un mismo «decreto de predestinación» (Bula Inefábiles Deus), Inmaculada en su concepción, Virgen sin mancha en su divina maternidad, generosa socia del divino Redentor, que obtuvo un pleno triunfo sobre el pecado y sobre sus consecuencias, al fin, como supremo coronamiento de sus privilegios, fue preservada de la corrupción del sepulcro; y para que vencida la muerte, como antes por su Hijo, fuese elevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, donde resplandece como Reina a la derecha de su Hijo, Rey inmortal de los siglos» (Pío XII, Munificentíssimus Deus).

¿Cómo estará la Virgen ahora en el Cielo? Ahora, según creemos por la fe, solamente hay dos personas humanas que están en cuerpo y alma en el cielo: Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen. Los demás bienaventurados, son espirituales, como dijo Jesucristo: «Todos serán como los ángeles de Dios en el Cielo» (Mt 22, 30; Mc 12, 25). Seremos como los ángeles hasta el día del Juicio final, cuando resuciten todos los cuerpos. Los que hayan muerto, en gracia de Dios resucitaremos gloriosos, y los que hayan muerto en pecado, resucitarán también, pero con cuerpos y almas monstruosos y horribles como los demonios. Por eso la Santísima Virgen cuando se apareció a Santa Bernardita en Lourdes, y en las apariciones a los tres pastorcitos de Fátima, se apareció hermosísima y resplandeciente como la luz.

María es coronada Reina universal de cielos y tierra

Cuando los artistas nos dibujan la imagen de la Virgen subiendo al Cielo, siempre nos la pintan en los brazos de los ángeles que la suben como si ella sola no pudiera subir como subió Jesucristo desde el monte Olivete.

María al resucitar gloriosa, tenía en supremo grado todas las cualidades de los cuerpos gloriosos, que, según la sagrada teología, son cuatro: impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad.

San Pablo lo explica así: «Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignorancia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. Se siembra un cuerpo animal y se resucita en cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 35-44).

El Catecismo Romano de San Pío V describe los dotes de gloria en los siguientes términos:

A) Impasibilidad.– La impasibilidad de los cuerpos gloriosos es una gracia y dote que hará que no pueda padecer molestia, ni sentir dolor ni quebranto alguno.

B) Sutileza.– Este don espiritualiza al cuerpo bienaventurado, pudiendo penetrar la materia sólida y volar a la velocidad del pensamiento por donde quiera el espíritu.

C) Agilidad.– Esta virtud libra al cuerpo de la carga que lo oprime ahora y se podrá mover hacia cualquier parte con tanta velocidad que no puede haberla mayor.

D) Claridad.– Este don consiste en cierto resplandor que rebosa al cuerpo de una eterna juventud y suprema belleza y felicidad del alma.

Todas las almas resucitadas en gracia de Dios percibirán en más o en menos manera de todos estos dotes de gloria, siendo mayores cuanto sean más santos y hayan adquirido en este mundo mayores méritos y mayor gracia de Dios. Por eso la Santísima Virgen que excede en gracia y virtud a todos los Santos, es la más hermosa y la más feliz de todas las criaturas, y ha sido coronada por el mismo Dios por Reina del Universo, y de todos los ángeles y santos.

La Iglesia nos invita a meditar sobre esta bella escena: Jesús recibiendo a su Madre y coronándola como Reina de cielos y tierra, de todo lo que existe, Reina de los ángeles y Reina de los hombres.

Ejemplo: Aunque no es dogma de fe, la Santa Iglesia ha declarado que la Santísima Virgen se apareció en Lourdes, en Fátima y en otros muchos lugares, donde los que la vieron aseguraron que era una jovencita hermosísima y resplandeciente como la luz.

María mediadora universal

La doctrina católica nos enseña que Jesucristo es nuestro único mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2, 5). Sin embargo, la Iglesia nos ofrece a la Virgen como «Mediadora Universal», delante de Jesucristo para que por Ella obtengamos todas las gracias.

Así que la misma Iglesia que nos enseña que Jesucristo es nuestro único mediador, nos dice también que, en un plano subordinado, Jesús quiere concedernos todas sus gracias por las manos de María. Como Mediadora en todo el buen sentido de la palabra, procurando, como asociada a Cristo Mediador, con intervención directa y personal, la reconciliación de Dios con los hombres.

Los Santos Padres, siempre han sostenido y defendido esta verdad, y así San Efrén la llama: «Perfecta Mediadora de Dios y de los hombres». San Basilio de Seleucia, la saluda, diciendo: «Dios te Salve, llena de gracia, Mediadora entre Dios y los hombres...».

San Juan Damasceno le dice: «Así como Jacob contempló el cielo unido con la tierra por los extremos de la escala, así también Tú, desempeñando el oficio de Mediadora, uniste lo que había sido roto».

Y San Antonio de Florencia, escribe: «Así como Cristo es Mediador nuestro, también su Madre es Mediadora porque procura la reconciliación de los hombres con Dios».

María, Dispensadora universal de todas las gracias

El gran teólogo dominico padre A. Royo Marín, dice: «La distribución de todas las gracias por parte de la Virgen María es una consecuencia lógica de su cooperación a la obra de la redención (o sea, a la adquisición de todas las gracias) y de su maternidad espiritual sobre todos los redimidos.

Según las enseñanzas de los teólogos, siguiendo las directrices del magisterio ordinario de la Iglesia, la Virgen María coopera dependientemente de Cristo en la distribución de todas y cada una de las gracias que Dios concede a todos y a cada uno de los hombres (cristianos o paganos), de suerte que se la puede llamar con toda propiedad y exactitud, Dispensadora Universal de todas las gracias que Dios concede a la humanidad entera.

Consecuencia: Dios ha dispuesto que todas las gracias que han de concederse a los hombres pasen por María, como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas. Por lo mismo, el verdadero devoto de María entra en el plan salvífico de Dios que lo ha dispuesto libremente así. Por consiguiente, la devoción a María es una gran señal de pertenecer al número de los predestinados.

María en el Cielo

Estando el Apóstol San Juan, el predilecto de Jesús, desterrado en la isla de Patmos, puesto en oración, tuvo una visión donde Dios le mostró algo del Cielo, y dice así:

«Vino uno de los siete ángeles y me dijo: Ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero, y me llevó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad, la Jerusalén santa, que bajaba del Cielo de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios; su resplandor era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe cristalino.

Tenía un muro alto con doce puertas, y en las puertas 12 ángeles, y los nombres escritos de las doce tribus de Israel. Tres puertas al Oriente; tres puertas al Norte; tres puertas al Sur; tres puertas al Poniente. El muro de la ciudad tenía doce fundamentos y sobre ellos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

El que hablaba conmigo tenía una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad se asienta sobre una base cuadricular; su longitud es igual a su anchura. Y midió la ciudad con la caña, y tenía doce mil estadios; la longitud, la anchura y la altura de ella son iguales. También midió su muro: ciento cuarenta y cuatro codos, medida de hombre que es la del ángel.

El material de su muro es jaspe, mas la ciudad era de oro puro, semejante al cristal puro. Los fundamentos del muro de la ciudad están adornados con toda clase de piedras preciosas: la primera, jaspe; la segunda, zafiro; la tercera, calcedonia; la cuarta, esmeralda; la quinta, sardónica; la sexta, sardio; la séptima, crisolito; la, octava, berilo; la novena, topacio; la décima, crisopraso; la undécima, jacinto; la duodécima, amatista.

Las doce puertas son doce perlas. Cada una de las puertas era una sola perla. La plaza de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente.

No vi en la calle templo, porque su templo es el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero. La ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna que la alumbre, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero.

Las naciones caminarán a su luz, los reyes de la tierra traerán a ella su gloria. Sus puertas no se cerrarán durante el día, porque allí no habrá noche. A ella llevarán la gloria y el honor de las naciones. Nada manchado entrará en ella, ni quien obre abominaciones y mentira, sino solamente los inscritos en el Libro de la Vida del Cordero...»

Éste es el país de Dios y patria de María.

El río y el árbol de la vida

Después me mostró el ángel un río de agua de vida, claro como el cristal que sale del trono de Dios y del Cordero. En medio de su calle ancha y a uno y otro lado del río había un árbol de vida que daba doce frutos, cada mes el suyo, y las hojas del árbol servían de medicina a las naciones.

No habrá ya maldición alguna. En ella estará el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le adorarán y verán su rostro, y el nombre de Él estará en sus frentes, y no habrá ya noche, no tendrán necesidad de luz de antorcha, ni de la luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinará por los siglos de los siglos... Luego añadió: «No selles las palabras de este libro, porque el tiempo está cerca. El que es injusto, siga en la injusticia; y el impuro siga en la impureza; mas el que es justo, justifíquese aun más, y el santo, santifíquese aun más. He aquí que vengo pronto, y llevaré conmigo mi galardón para dar a cada uno según sus obras.

Yo soy el Alfa y el Omega, el primero y el último, el principio y el fin. ¡Bienaventurados los que lavan sus vestidos para tener derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas de la ciudad! ¡Fuera los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todos los que aman y practican la mentira!

Yo, Jesús, he enviado mi ángel para dar testimonio de estas cosas sobre las Iglesias. Yo soy la raíz, el linaje de David, la estrella radiante de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen:

“Ven”. También el que escucha diga: “Ven”. Y el que tenga sed venga y el que quiera, tome gratis del agua de la vida....

Después de esto miré, y vi una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y del Cordero vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos, y clamaban con gran voz, diciendo: La salvación se debe a nuestro Dios, al que está sentado sobre el trono y al Cordero, y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes, cayeron sobre sus rostros ante el trono y adoraron a Dios, diciendo:

“Amén. La alabanza y la gloria, la sabiduría y la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”.

Y añadió: “Éstos son los que han venido de la gran tribulación y lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios...”» (Ap 7 y 21 y 22).

SANTA MARÍA, Virgen y Reina
22 de agosto

– «Venid, adoremos a Cristo Rey, que ha coronado a su Madre».

«Santa María, siempre Virgen, Reina del mundo, tú engendraste a Cristo, el Señor, Salvador universal».

– «Dichosa tú, Virgen María, que has creído lo que te ha dicho el Señor; reinas con Cristo para siempre».

– «Dios todopoderoso, que nos ha dado como Madre y como Reina a la Madre de tu Unigénito, concédenos que, protegidos por su intercesión, alcancemos la gloria de tus hijos en el reino de los cielos».

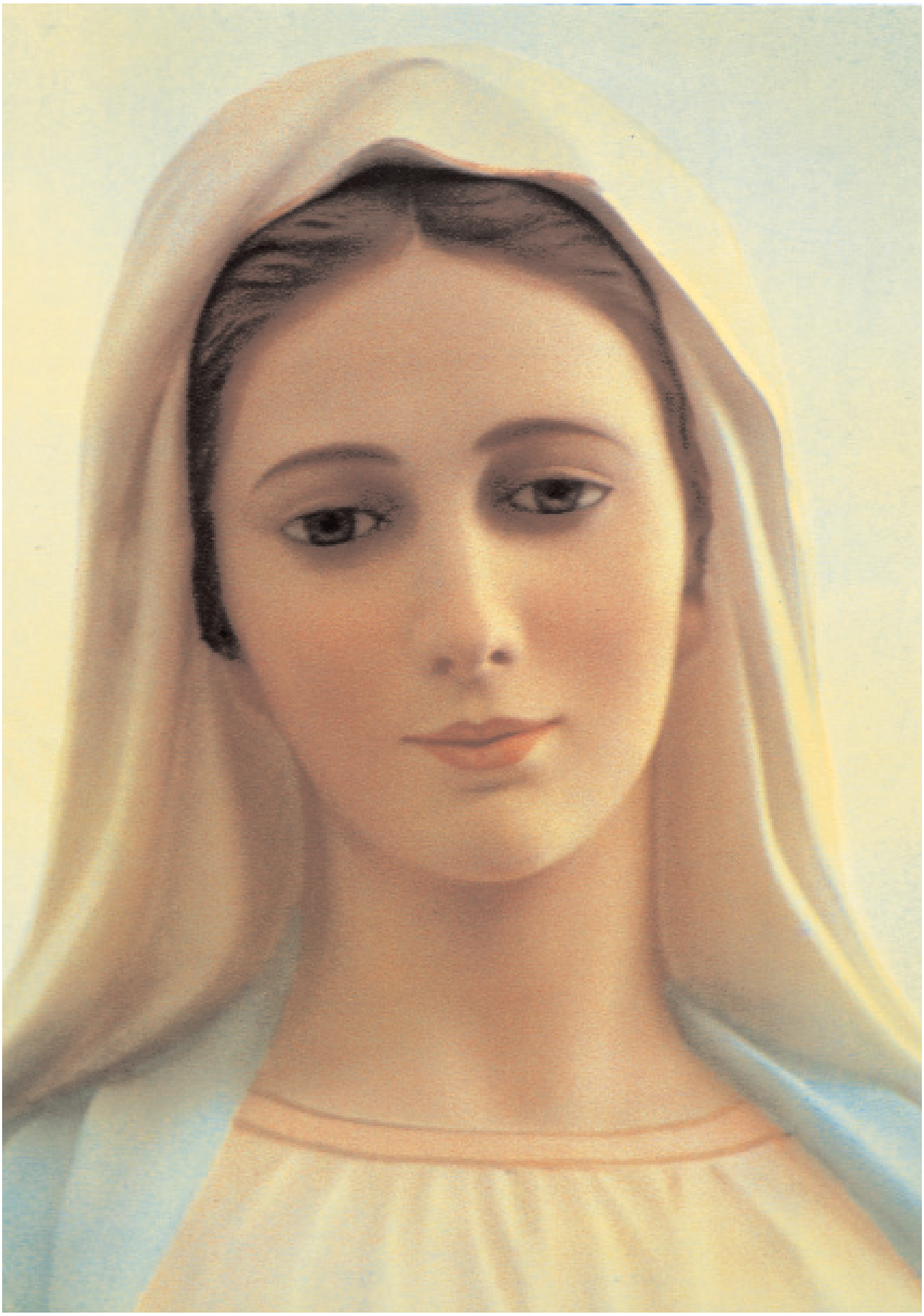
Éstos son los acentos de la liturgia de este día. A los siete días de haber celebrado la fiesta de la Asunción de María a los cielos sin haberse corrompido su cuerpo virginal, del que nació Cristo, honra la Iglesia con esta festividad que viene a ser como una continuación lógica de aquella. Es su coronamiento más cumplido.

María, por ser Madre de Jesús, el Redentor y Señor del Universo, participa en la soberanía y realeza de su Hijo, que es Dios y que con toda razón pudo decir: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra».

En el Antiguo Testamento se dan figuras o tipos de la Realeza de María: Varias mujeres prefiguraron, con los propios defectos de toda figura, a la que había de ser la Reina del Universo, María Santísima: Esther, Betsabé... a su modo prefiguraron, por el amor que el Rey les tenía y por el poder que les dio, el inmenso amor que Jesús, Rey del Universo, profesa a su Madre María y el haberla hecho Mediadora Universal de todas las gracias.

Esta doctrina ha sido enseñada siempre por los Santos y por el Magisterio de la Iglesia. El Papa Sixto IV, el 28 de febrero de 1476, escribía en la Constitución Apostólica cumpraexcelsa: «Al meditar y considerar devotamente las insignes excelencias de los méritos por los cuales la Reina de los cielos, Virgen Madre, gloriosísima de Dios, encumbrada sobre los tronos celestiales, brilla entre los astros como estrella de la mañana»... León XIII, en 1894, añadía: «La Virgen está realzada con diadema de estrellas por su Hijo Dios, sentada ante él como Reina y Señora del Universo».

Todos los Santos a una han cantado su realeza. He aquí unos cuantos ejemplos: San Andrés de Creta: «Salve, Reina de todo el género humano». San Juan Damasceno: «María como Reina, Soberana, Señora y Madre verdadera de Dios, fue trasladada a las regias mansiones de los cielos, y puesta en posesión de los bienes de su Hijo, para que reciba los homenajes de toda criatura... porque el Hijo sometió a su Madre todos los seres creados».



LA VIRGEN DEL CARMEN

La Virgen del Carmen no es otra que la misma Virgen María, la Madre de Jesús y nuestra, que la llamamos con diversos nombres o advocaciones, como Virgen de Guadalupe, Virgen del Pilar, Virgen de Fátima, etc., tomando el nombre del lugar donde se ha aparecido o se ha empezado a venerar.

La Virgen del Carmen se llama así porque empezó a venerarse en el Monte Carmelo por unos ermitaños que también se llamaron carmelitas y que fueron el origen de la actual Orden del Carmen.

Pronto los carmelitas se fueron extendiendo por el mundo, y principalmente por Europa, hasta llegar a Inglaterra. Entonces vivía en este país un joven llamado Simón, que para alejarse del mundo y dedicarse más a la oración se había instalado en el bosque dentro del tronco hueco de un árbol, de donde le vino el sobrenombre de Simón Stock.

San Simón Stock llegó a ser Superior General de los carmelitas y oraba mucho por la salvación de todos los hombres, y principalmente por los carmelitas y todos los devotos de esta orden.

Una noche mientras oraba, se le apareció la Virgen María, vestida con el hábito del Carmen, y ofreciéndole el escapulario de la Orden, le dijo estas históricas palabras:

«Recibe, amado hijo, este Escapulario, como signo distintivo de tu Orden y prenda del privilegio que he alcanzado para ti y para todos los hijos del Carmelo. Quien vista este Escapulario y muera con él no padecerá las penas del infierno.»

Pronto se extendió esta devoción por toda la Iglesia católica, porque todos los Papas y los grandes santos lo han llevado y lo han propagado, como un medio seguro y eficaz de salvación.

A la Virgen del Carmen se la pinta sacando con el Escapulario a las almas del Purgatorio, porque Ella prometió también:

«Yo, su Madre de Gracia, bajaré todos los sábados al Purgatorio y a cuantos hallare allí que hubieren llevado en vida dignamente el Escapulario, me los subiré conmigo al cielo». Por eso se dice que todos los que lleven dignamente el Escapulario, el primer sábado después de su muerte, si están en el Purgatorio, la Virgen del Carmen los sube al cielo.

El Papa Pío XII lo recordaba en la Carta Magna de 1950: «Ciertamente la piadosa Madre no dejará de hacer que los hijos que expían en el Purgatorio sus culpas alcancen lo antes posible la patria celestial por su intercesión, según el llamado Privilegio Sabatino que la tradición nos ha transmitido».

Pero quizá alguno pregunte: ¿qué es el Escapulario del Carmen? El Escapulario Carmelita consiste en dos trozos de tela de lana marrón unidos por dos cordones para colgarlos al cuello de manera que una parte cuelgue sobre la espada y la otra sobre el pecho. Estos escapularios los suelen hacer todas las monjas de clausura, y principalmente las carmelitas.

Pero para gozar de sus privilegios, el primer escapulario que se vista ha de estar bendecido por un sacerdote que esté facultado para ello, y él mismo debe imponérselo en el cuello, y señalarle alguna oración que deberá rezar diariamente.

LA MEDALLA ESCAPULARIO

El escapulario puede sustituirse por una medalla que por un lado tenga la Virgen del Carmen y por el otro el Corazón de Jesús; Pero debe estar bendecida por un sacerdote.

LA VIRGEN MILAGROSA

La Medalla Milagrosa tiene origen celestial y divino, pues la misma Virgen Santísima, que reveló a San Simón Stock el Escapulario del Carmen y a Santo Domingo de Guzmán el Santo Rosario, reveló, también a una Hija de la Caridad, llamada Sor Catalina Labouré, la Medalla Milagrosa, dando orden la celestial Señora de que se acuñara una medalla exacta al modelo que Ella misma le acababa de enseñar.

APARICIONES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA A SANTA CATALINA LABOURE

Muchas fueron las apariciones de María Inmaculada a sor Catalina, pero las principales se pueden reducir a tres.

PRIMERA APARICIÓN

Fue a las once y media de la noche del día 18 de julio de 1830, en el presbiterio del altar mayor de la iglesia de las Hijas de la Caridad, de París, a donde fue conducida desde el dormitorio del noviciado por su Ángel Custodio, que se le apareció en forma de un hermosísimo niño de unos cuatro o cinco años y la despertó. Tan pronto como se encontró en presencia de la Reina de los Ángeles, que estaba sentada en la silla presidencial, desde la cual les solía dirigir la palabra su director espiritual, sor Catalina se arrodilló a sus pies, poniendo las manos sobre las rodillas de la Virgen, como si fuera su propia madre. Entonces la Virgen le manifestó, llorando amargamente, como quien deplora las desgracias de sus hijos, la grande y terrible tempestad de miserias, desgracias y calamidades que amenazaban a Francia y a Europa entera tanto en el orden civil como en el religioso; le manifestó que la había escogido y destinado para una muy grande e importante misión; que experimentaría de una manera especial su protección en sus penas y contradicciones y que en la grande y espantosa catástrofe no desaparecerían las dos familias de San Vicente, sino que ella las defendería y derramaría sobre ellas abundantísimas gracias. Lo que yo sentí en estos momentos, dejó escrito sor Catalina, las dulces emociones que experimenté, las he recordado siempre, pero nunca lo he podido expresar. Acabado esto, desapareció la Virgen, y sor Catalina, toda emocionada, se volvió al dormitorio, y oí, dice ella misma, que daban las dos. Ya no pudo dormir más durante aquella noche, sino que continuó pensando en lo que había visto y oído. Desde aquel día, todos sus deseos eran poder conocer la celestial misión que le había de confiar la Virgen, para ponerla en práctica al momento.

SEGUNDA APARICIÓN

El día 27 de noviembre del mismo año, encontrándose sor Catalina en la oración de la tarde, se le apareció de nuevo la Santísima Virgen, pero no ya como una madre dolorida que llora los males que van a venir sobre sus hijos, sino que, así como en el cielo cubierto de negros nubarrones se ve aparecer una estrella en medio de la tempestad, resplandeciendo como la esperanza de los navegantes, así aparece la Virgen. Una doncella de celestial belleza y hermosura, resplandeciente como la mujer

del Apocalipsis, teniendo el mundo por peana de sus pies, vestido blanco y manto azul, y alrededor suyo formando como una corona, la tan dulce y consoladora oración: ¡Oh María! sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos, escrito con caracteres de oro y sosteniendo en sus manos una pequeña esfera, que representaba la pobre y desgraciada humanidad, la cual, apretándola contra su pecho maternal para darle calor, la ofrecía a Dios con los brazos levantados al cielo. Y, quedando, al momento, toda rodeada de celestiales resplandores, pareció que desaparecía la pequeña esfera de entre sus manos, adornadas de anillos y piedras preciosas, y, extendiéndolas hacia el suelo, despedían rayos de luz en abundancia, representando, como dijo la misma Virgen, la multitud de gracias de toda clase que continuamente derrama sobre la humanidad. Al momento, dice sor Catalina, le pareció que se volvía el retablo, y apareciendo en el mismo lugar una M con la cruz en la parte superior y debajo los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

TERCERA APARICIÓN

Últimamente, por el mes de diciembre, se le volvió a aparecer la Virgen, poco más o menos igual que la segunda vez, pero con el encargo y precepto expreso de que se acuñara la medalla según el modelo que se le había mostrado.

Por último, después de dos años, a repetidas instancias de sor Catalina, a quien la Virgen se había mostrado algún tanto descontenta en alguna de sus apariciones por no cumplirse lo que Ella pedía, el padre Aladel hizo acuñar y repartir algunas medallas según el modelo indicado.

HISTORIA DE LA MEDALLA MILAGROSA

La historia de la Medalla Milagrosa la ha escrito la misma Virgen con su poder ilimitado; es la historia de sus innumerables maravillas y milagros. Fue acuñada el año 1832, y, a los dos años, un sólo grabador había vendido veinte millones, y al cabo de dos años más se habían repartido de noventa a cien millones. Hoy, que han pasado ya tantos años, que es conocida por todo el mundo y acuñada en las cinco partes de la tierra, solamente Dios, que cuenta las arenas del mar y las estrellas del cielo, puede saber el número de medallas acuñadas y repartidas. Y la razón es porque la misma mano poderosa de María es quien la pasea triunfante y avasalladora por todas partes; son los innumerables beneficios, prodigios, maravillas y milagros; las curaciones prodigiosas de toda clase de enfermedades, las maravillosas conversiones de tantos pecadores cambiados en hijos de Dios repentinamente al contacto sólo de la Medalla; esto, y no otra cosa es lo que abre las puertas de esta Medalla, esto, y Ella también, amado lector, abrirá de par en par las puertas de tu corazón a la gracia si la llevas con verdadera fe, y, sobre todo, si con frecuencia la invocas y repites aquella tan bella y consoladora jaculatoria grabada en torno de ella, que es el terror de los demonios, la salud de los enfermos, la esperanza de los pecadores y la alegría de los justos: **¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!** dejándose oír al momento una voz que decía. Es necesario hacer acuñar una medalla según este modelo, las personas que la llevaren con piedad recibirán muchísimas gracias, sobre todo si la llevan colgada del cuello y acuden a ella con gran confianza. Sor Catalina dio cuenta de todo, lo mismo que las otras veces, a su confesor y director espiritual padre Aladel.

NTRA. SRA. DE GUADALUPE

En diciembre de 1531, diez años después de tomada la ciudad de México por Cortés, caminando el indio Juan Diego, que procedía de Cuautitlán, hacia el cerrito del Tepeyac –colina que queda al norte de la metrópoli– oyó una música melodiosa y que le llamaban dulcemente. Era una hermosísima Señora, que le habló con palabras maternales. –Juan Diego, hijo mío ¿adónde vas?– Él contestó que a Tlatelolco a oír misa. –Y la Señora añadió: Yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios.

Los diálogos entre la Virgen y Juan Diego son una delicia de dulzura. –Juan Dieguito, hijo mío el más pequeño, no se aturbe tu corazón. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? –Y contesta Juan Diego: Señora mía, hija mía la más pequeña, jovencita mía, niña mía, mi muchachita ¿cómo amaneciste? ¿Sientes bien tu amado cuerpecito, niña mía?

La Virgen le pide que vaya al obispo Zumárraga para decirle que desea que le alcen allí un templo, donde mostrará su clemencia y consolará a todos los que acudan a ella. El obispo le respondió que pidiera alguna prueba de su mensaje. Siguen luego varias apariciones. Juan Diego no se atrevía a ir al obispo. Un día se desvía para no encontrarse con la Virgen. Pero la Virgen le sale, al encuentro. Juan Diego le dice que iba a ver a su tío Juan Bernardino, enfermo. La Virgen se le aparece y lo cura.

Juan Diego obtuvo la prueba: unas rosas como las de Castilla, que en pleno invierno y en la cumbre estéril cortó él por mandato de la Señora, y recogió en su tilma o ayate –especie de manto de tela burda que usaban los indios–. Vuelve al obispo, extiende la tilma y apareció pintada la Señora.

No se sabe cómo ni por qué medios ni con qué materiales pudo haber sido impresa en la tilma la hermosa imagen de Nuestra Señora. Llama también la atención la perfecta conservación de la tilma de Juan Diego, confeccionada con un hilado de no muy larga duración, y expuesto a toda clase de pruebas, a lo largo de los siglos.

La figura que representa la imagen de la Inmaculada Concepción, es muy bella, armoniosa y sencilla. Los científicos de la NASA, que la han estudiado recientemente, han señalado que las estrellas de su manto son tantas en número cuantas lo eran las constelaciones visibles en el cielo boreal, en el mismo lugar y tiempo de las apariciones.

Los ojos de la imagen han sido estudiados por diversos investigadores. En el iris de la Virgen aparece Juan Diego desdoblando la tilma y mostrando las flores al obispo. Se ven también dos figuras de hombre, uno indígena, sentado, y otro con barba, de rasgos europeos, de pie. También se asoma la cara de una mujer con características negroides, asombrada ante el hecho.

¿Por qué se llama de Guadalupe, y no del Tepeyac? Es verdad que existía una Virgen con este nombre en Extremadura, patria de Cortés. Allí acudió Colón antes de emprender la expedición del descubrimiento y puso el nombre de Guadalupe a una isla de las Antillas. Pero ambas imágenes son totalmente distintas. Lo único que se sabe es que la Virgen dijo al tío de Juan Diego, Juan Bernardino, su deseo de ser invocada con el nombre de Santa María de Guadalupe, nombre árabe que significa río de luz.

San Juan Diego ya está canonizado.

LA VIRGEN DE LOURDES

(Su fiesta el 11 de febrero)

El 8 de diciembre de 1854 el Papa Pío IX había definido el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Como queriendo indicar que el cielo ratificaba lo que había hecho en la tierra el Vicario de Jesucristo, el 11 de febrero de cuatro años después –1858– la Virgen María se aparecía a la niña Bernardita Soubirous. Y lo hacía durante dieciocho veces... Vale la pena escuchar a ella misma relatar, con su gran ingenuidad, lo que allí pasó:

«Cierto día fui a la orilla del río Gave a recoger leña con otras dos niñas. Enseguida oí como un ruido. Miré a la pradera, pero los árboles no se movían. Alcé entonces la cabeza hacia la gruta y vi a una mujer vestida de blanco, con un cinturón azul celeste y sobre cada uno de sus pies una rosa amarilla, del mismo color que las cuentas de su rosario.

Creyendo engañarme me restregué los ojos. Metí la mano en el bolsillo para buscar el rosario. Quise hacer la señal de la cruz pero fui incapaz de llevar la mano a la frente... Aquella Señora no me habló hasta la tercera vez... Volví a ir allá durante quince días... Siempre me decía que advirtiera a los sacerdotes que debían edificarle una capilla, me mandaba lavarme en la fuente y rogar por la conversión de los pecadores. Le pregunté varias veces quién era, a lo que respondía con una leve sonrisa. Por fin levantando los ojos y los brazos al cielo, me dijo: Yo soy la Inmaculada Concepción...».

Vale la pena recordemos un poco a la vidente, a Santa Bernardita Soubirous. Nació el 1844 y fue la mayor de seis hermanos. Era una chica sencilla, sin apenas preparación ni cultura pues sus padres, sumamente pobres, no pudieron enviarla a hacer estudios especiales. En la tercera aparición le dijo la Virgen María: «No te haré feliz en este mundo sino en el otro». Y lo cumplió. No fue en su vida –ni seglar ni religiosa– llevada en palmitas como se podría suponer.

El día once de febrero de aquel año 1858 cayó en jueves. Era un día crudo de invierno. Bernardita acompañada de su hermana Toneta y su amiguita Juana marchan para ver si encuentran leña y cuando volvieron Toneta y Juana les preguntó Bernardita: «¿Habéis visto algo?» Bernardita estaba radiante, y ellas, todo curiosas, le preguntaron: «¿Y tú, qué has visto?»... Con gran sigilo, y no sin antes hacerles prometer que a nadie lo dirían, les refirió la visión que había tenido... Pero... llegadas a casa todo se descubrió. El calvario que esperaba a la pobre Bernardita no es fácil describirlo en pocas líneas. Le prohibieron volver a la gruta, pero impulsada por una fuerza interior allí acudió y allí vio a la Virgen dieciocho veces. El día de la Virgen del Carmen, 16 de julio «la vio más hermosa que nunca», como ella misma testificará después...

Pronto aquel humilde paraje de Lourdes se hizo famoso en todo el mundo. Empezaron a acudir peregrinos venidos de todas partes, hasta ser un lugar de Peregrinación para Europa y otras partes del mundo. No hay duda de que es uno de los Santuarios más visitados y más venerados de todos los continentes. Allí han ido descreídos y han encontrado la fe. Enfermos de cuerpo y de alma, y han hallado la salud para ambas cosas o para una de los dos. Allí se respira una gran devoción, la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, del amoroso perdón y de la actividad de la Mediadora de todas las gracias. Quien la visita una vez sale con el firme propósito de volver una y más veces para poder experimentar la presencia sobrenatural que allí se respira. Son muchos los milagros que desde la Gruta de Massabielle obra la Virgen María en cuantos acuden a Ella.

JE SUIS L'IMMACULÉE CONCEPTION

NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE FÁTIMA

La Virgen de Fátima es la historia de la gran aparición de la Virgen María del siglo XX. Hasta 1917 apenas era conocida la villa de Fátima fuera de Portugal y aun dentro de ella. Cerca de Fátima se encuentra la aldea de Ajustrel, en donde nacieron los tres niños videntes de la Virgen: Lucía, Francisco y Jacinta. Los dos últimos eran hermanos y primos de la primera. Lucía era la menor de cinco hermanos y fue bautizada el 22 de marzo de 1907. Era la mayor de los tres confidentes de la Virgen de Fátima y la que más directamente trató con Nuestra Señora, quizá por ser la mayor. Muertos ya sus dos primitos ingresó en las Religiosas Doroteas en Pontevedra (España) y más tarde, con deseos de vivir más retirada del mundo, abrazó la vida de religiosa carmelita contemplativa.

Francisco y Jacinta eran hermanos e hijos de Antonio do Santos y de Olimpia de Jesús. Francisco nació el 11 de junio de 1908 y Jacinta el 10 de marzo de 1910.

Los tres eran sencillos, humildes y de familias muy cristianas. Recibieron una formación bastante severa y desde muy niños se vieron obligados a trabajar para poder comer. Su trabajo consistía, especialmente en cuidar unas ovejillas.

Francisco era jovial, simpático y muy agraciado. Le gustaba la música, las flores y, sobre todo, las estrellas. En las apariciones él veía a la Virgen, pero no la hablaba ni la oía. Corto sería su destierro en esta vida. El 4 de abril de 1919, a los dos años de las celestes apariciones, volaba al cielo.

Jacinta también era muy fina y agraciada. La benjamina de diez hermanos. Desde muy pequeñita fue muy piadosa y sufría mucho cuando le contaban los padecimientos de Jesús en su Pasión. Antes de morir dijo a su prima Lucía cosas muy terribles que iban a suceder en el mundo, pronosticando las indecencias y los pecados de la carne que hoy estamos viendo en la televisión y otros medios. Ella veía y oía pero normalmente no hablaba con la Virgen. El 20 de febrero de 1920, a sus diez añitos, volaba al cielo para reunirse para siempre con la Señora y con su hermano Francisco.

El 13 de mayo de 1917, estando los tres pastorcitos juntos en el campo, y después de haber rezado el Santo Rosario, se les apareció la Virgen María vestida de blanco y les pidió que volvieran seis veces más y que en el mes de octubre les revelara quién era y lo que quería.

Les anunció que tendrían que sufrir mucho, pero que no se desalentaran que Ella les ayudaría, y les añadió:

«¿Queréis ofrecer a Dios sacrificios y aceptar todos los sufrimientos que quiera enviaros en reparación de los pecados tan numerosos que ofenden a Su Divina Majestad? ¿Queréis sufrir para obtener la conversión de los pecadores; para reparar las blasfemias, así como todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?»

–Sí, lo queremos –contestó Lucía en nombre de los tres–.

– «Vais, pues, a tener que sufrir mucho, pero la gracia de Dios os asistirá y os sostendrá siempre». «Sacrificaos por los pecadores y decid a menudo: ¡Oh Jesús mío, esto es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María...».

«Rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores; pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y rece por ellas.»

Las apariciones se repitieron el 13 de cada mes. En todas ellas sucedía algo parecido: mientras rezaban el Santo Rosario, acompañados cada día de más seguidores que palpaban lo sobrenatural.

INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

El germen de la preciosísima devoción al Inmaculado Corazón de María se encuentra en el mismo Evangelio (cf. Lc 2, 19 y 51) y en los escritos de los Santos Padres, que comentaron piadosísimamente dichos textos evangélicos. Este germen se fue incrementando a través de los siglos y hoy constituye una de las devociones marianas más sólidas y entrañables, sobre todo después de las apariciones de la Virgen del Rosario de Fátima, en las que Ella misma recomendó la devoción a su Corazón Inmaculado para la salvación del mundo. La fiesta en el calendario universal fue introducida por Pío XII fijándola para el 22 de agosto, pero hoy, después de la reforma litúrgica que ha seguido al Concilio Vaticano 11, se celebra el sábado siguiente a la solemnidad del Corazón de Jesús.

Muy acertadamente se ha podido afirmar que el Corazón de María es el centro de todo mensaje de Fátima. Ella ha venido ante todo a Fátima para recordarnos y hacernos comprender que tiene un Corazón de Madre.

En efecto, la Virgen reiteró:

–Que para salvar a los pecadores Dios quería establecer en el mundo la devoción a su Corazón Inmaculado.

–A los pastorcillos les infundió una tierna piedad filial a su Corazón de Madre.

–Les encargó que enseñaran al mundo que Dios concede las gracias por el Corazón de su Santísima Madre.

–Pidió la consagración de Rusia y del mundo entero a su Corazón Inmaculado.

–Y por fin anunció categóricamente que después de las guerras y persecuciones de la Iglesia «Mi Corazón Inmaculado triunfará».

La gran promesa del Corazón de María:

El día 10 de diciembre de 1925, la Virgen María se aparece en Pontevedra a Lucía para cumplir la promesa que le había hecho en Fátima el día 13 de julio de 1917, de venir a pedir la Comunión reparadora de los primeros sábados.

He aquí el texto literal auténtico con que narra esta aparición la hermana Lucía, hablando en tercera persona:

Después dijo la Santísima Virgen: «Mira hija mía mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan sin cesar, con blasfemias e ingratitudes. Tú al menos, procura consolarme y di que: A todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado de cada mes, se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen una parte del Rosario y me hagan compañía durante quince minutos, meditando en los misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, yo les prometo asistir en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para su salvación».

En comunicaciones posteriores, el Señor manifestó a la hermana Lucía que: para cumplir bien lo que la Santísima Virgen había pedido se requerían las condiciones siguientes:

1.ª Confesión, la cual puede hacerse durante los ocho días que preceden o siguen al primer sábado, con tal que la Sagrada Comunión se haga en estado de gracia.

2.ª Comunión sacramental en reparación de los pecados cometidos contra el Señor y de las blasfemias e ingratitudes con que se ofende al Inmaculado Corazón de María.

3.ª Rezar el Rosario, es decir, cinco misterios en un mismo día.

4.ª Meditar durante un cuarto de hora en alguno o varios de los misterios del Rosario, haciendo compañía a la Santísima Virgen.

5.ª Todos estos actos han de ir acompañados o precedidos de la intención de honrar, consolar y desagraviar al Inmaculado Corazón de María.

MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

Cristo no quiso redimirnos Él solo. Quiso asociarnos a todos a su obra de salvación. Y sobre todo asoció a sí a María. La eligió para Madre suya, Corredentora, y, consecuentemente, Madre nuestra además de Inmaculada, Reina, Medianera universal, Asunta.

Dios, habiendo determinado hacerse hombre, es el único que pudo escoger quien habría de ser su Madre. ¿Cómo hubiéramos hecho nosotros a la nuestra? El Verbo se preparó una Madre ideal, a lo Dios. Desde el primer instante de su concepción, Inmaculada, es decir llena de gracia, más que todos los ángeles y santos juntos.

Su hijo, Cristo, es Dios; por eso, como definió el Concilio de Efeso (año 431) contra Nestorio, Ella es verdaderamente Madre de Dios; título el más excelso entre las puras creaturas (Cristo en cuanto hombre no es creatura pura, pues Él es también Dios), ya que es la más cercana a Dios.

Jesús ha querido unir muy especialmente los méritos de María a los suyos, con los cuales nos alcanza todas las gracias. Así, al hacerla Madre suya, la hace también Madre nuestra, no sólo porque sea nuestra intercesora y abogada, sino porque por Ella nos da la vida del alma, es decir, por su medio nos viene la gracia, que es real y físicamente vida del alma.

Por eso es Madre de todos, Pablo VI en el Vaticano II la ha titulado Madre de la Iglesia. Como Mediadora universal, pues todas las gracias nos vienen por Ella, sigue ejerciendo plenamente con nosotros su Maternidad y su poder de Reina de Cielos y Tierra. Acoge y se preocupa de cada uno de sus hijos, y de todo el mundo. Lo demuestran Lourdes y Fátima, donde fue coronada Reina del Mundo en 1946 por Pío XII, mediante un cardenal legado suyo.

Madre por el Espíritu Santo y Virgen perpetua. ¿Qué extraño que Dios lo haga, pudiendo hacerlo y siendo su Madre? Le fue concedido por Dios ese prodigio como símbolo físico de su inmaculada pureza moral. Para que la que es modelo de pureza mantuviese siempre su integridad corporal intacta.

María, asociada a su obra redentora, es mediadora no para desviarnos ni ocultarnos a Cristo, sino para llevarnos a Él. María es la estrella, pero estrella polar que nos orienta y encamina a Cristo, norte y fin de nuestra ruta. Como en la familia el oficio de una buena madre no es apartar los hijos del padre, sino todo lo contrario.

Los cristianos más cercanos a Cristo, los santos, bien lo han entendido cuando han exclamado, como San Bernardo: De María nunca bastante; o como San Estanislao de Kostka: ¡No la he de querer si es mi Madre!

La devoción al Corazón Inmaculado (es decir, considerar el amor de María, lo cual se realiza sobre todo al tenerla como Madre, y reparar las ofensas que se le hacen) es inseparable de la devoción al Corazón de Jesús.

El Vaticano II insiste con toda tradición, en que estimemos a nuestra Señora, la tengamos por Madre, e imitemos sus virtudes: «El santo concilio enseña de propósito esta doctrina católica y amonesta a la vez a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos. Recuerden los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios».

7 DE OCTUBRE. NUESTRA SEÑORA, LA VIRGEN DEL ROSARIO

«Rezar el santo Rosario, no sólo es hacer memoria, del gozo, el dolor, la gloria, la luz, de Nazaret al Calvario. Es el fiel itinerario, de una realidad vivida, y quedará entretejida, siguiendo al Cristo gozoso, crucificado y glorioso, en el Rosario, la vida». Así reza el himno de Laudes de la fiesta de este día. Es una buena síntesis de lo que es y de lo que significa el Santo Rosario.

Nos podemos preguntar: ¿Qué es el Rosario? Nos contesta, con su gran autoridad de Sumo Pontífice y de enamorado de la Virgen, el Papa Pablo VI en su maravillosa Carta Apostólica Marialis cultus que todos debiéramos leer y meditar como uno de los documentos más preciosos que se hayan escrito sobre la Virgen María: «Es una manera muy popular de elevarnos muy filialmente hasta la Virgen, considerándola como lo que es, la puerta del cielo... El Rosario consta del Padrenuestro, que, como la oración enseñada por Cristo, es fundamental en la plegaria cristiana y que contiene lo mejor que debemos pedir y podemos desear; del Avemaría, que está compuesta por el saludo del ángel a la Virgen, la alabanza de Isabel y la súplica eclesial a Santa María; del Gloria, que cierra la contemplación de cada Misterio con la glorificación de Dios Uno y Trino».

Esta sería, en apretada síntesis, la doctrina del santo Padre Pablo VI sobre esta devoción tan tradicional y que nunca puede pasar de moda: – «El Rosario es el compendio de todo el Evangelio.

– «El Rosario es una oración evangélica, de orientación profundamente «cristológica».

– El Rosario es una oración laudatoria, pero sobre todo «contemplativa».

– El Rosario es vástago germinado sobre el tronco secular de la liturgia cristiana.

– El Rosario es el Salterio de la Virgen mediante el cual los humildes quedan asociados al cántico de alabanza y a la intercesión universal de la Iglesia.

– El Rosario es un ejercicio piadoso inspirado en la Sagrada Liturgia, con la que fácilmente se armoniza.

– El Rosario es una óptima preparación y fructuosa prolongación a la celebración de los misterios de Cristo en la acción litúrgica.

– El Rosario es la memoria contemplativa de los mismos acontecimientos salvíficos realizados por Cristo».

El origen del Santo Rosario es tan antiguo como el mismo cristianismo aunque como es lógico no en su forma actual. Cristo vivió los misterios de su vida para que nosotros los cristianos los reproduzcamos en nuestra vida mediante la oración y vida diaria. En el Rosario se recuerdan los misterios de la vida de Cristo. La tradición ha hecho al español Santo Domingo de Guzmán autor del actual Rosario.

Los dominicos –sus hijos– han sido siempre los grandes propagadores de esta devoción tan querida por el pueblo cristiano. El origen de la fiesta de hoy –antes se llamaba la Virgen de las Victorias– arranca de la batalla de Lepanto que el Papa San Pío V encomendó a la Virgen del Rosario y la victoria se atribuye a su poderosa ayuda. Año 1571.

Los Papas, los Reyes, los Santos, los Sabios y la gente sencilla, desde que esta devoción es conocida, lo han rezado y propagado con gran celo. Sobre todo a partir del Papa León XIII todos los Papas han exhortado vivamente al rezo diario en familia y en particular de esta devoción. «Rezad el rosario», dijo la Virgen a Bernardita en Lourdes y a los pastorcitos de Fátima. También nos lo dice hoy a nosotros. ¿Lo haremos cada día?

SANTO ROSARIO

Por la señal... Acto de contrición: Señor mío Jesucristo...

MISTERIOS GOZOSOS DEL SANTO ROSARIO (Lunes y Sábados)

1.º La Encarnación del Hijo de Dios.

«Salve, Llena de gracia... Concebirás un hijo a quien llamarás Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo de Dios...» «He aquí la esclava del Señor: Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1) Y el Hijo de Dios se hizo hombre (Jn l).

2.° La visita de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel.

«¿De dónde a mí tanto honor que la Madre de mi Señor venga a verme?... ¡Bienaventurada tú que has creído que se cumplirán todas las cosas que te fueron dichas de parte del Señor!... Mi alma glorifica al Señor... (Lc 1).

3.° El nacimiento del Hijo de Dios.

«María dio a luz a su Hijo, lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre... Dijo el ángel a los pastores: «No temáis, pues vengo a traeros una noticia de gran alegría para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc 2).

4.° Presentación de Jesús en el Templo y purificación de Nuestra Señora.

«Este ha sido puesto para caída y resurrección de muchos y para ser una señal de contradicción; y una espada de dolor atravesara tu alma» (Lc 2, 34-35).

5.° El Niño perdido, hallado en el Templo.

«Le hallaron en el Templo en medio de los doctores... Y todos estaban maravillados de la sabiduría de sus respuestas. Su Madre le dijo: «Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? ¿No sabías que tu padre y Yo, llenos de angustia te hemos estado buscando?» (Lc 2).

En cada misterio se rezará un Padrenuestro con diez Avemarías, terminando con el Gloria al Padre y la jaculatoria: «María, Madre de gracia, Madre de misericordia: defiéndenos y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte». Amén.

SANTO ROSARIO

Por la señal... Acto de Contrición: Señor mío Jesucristo...

MISTERIOS DOLOROSOS DEL SANTO ROSARIO (Martes y Viernes)

1.º La oración en el Huerto.

«Padre mío: si es posible, aleja de Mí este cáliz. Pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieras». Y le vino un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo» (Lc 22).

2.° La Flagelación del Señor.

Dijo Pilato: «Ningún delito he hallado en Él: por lo tanto, después de castigarle lo dejaré libre. Y lo mandó azotar...» (Lc 23; Jn 19).

3.°. La Coronación de espinas.

«Los soldados hicieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y echándole encima un manto de púrpura y poniéndole en la mano una caña a manera de cetro, se burlaban de Él diciéndole: «Salve, Rey de los judíos» (Mt 27, 27-30).

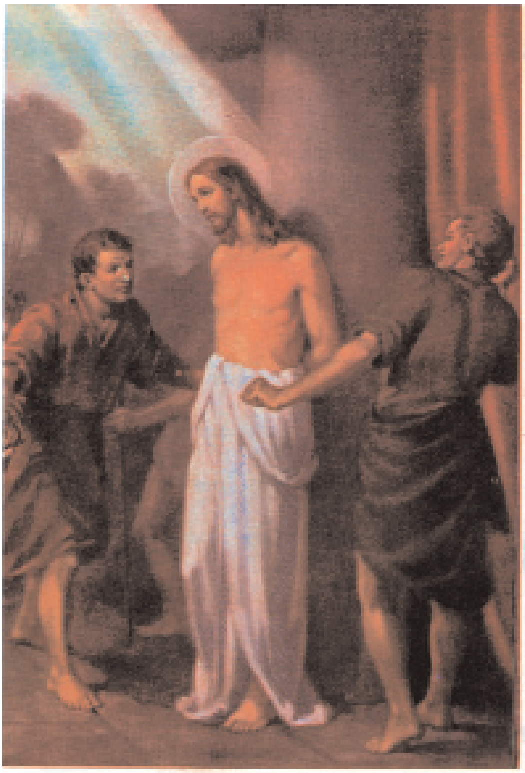
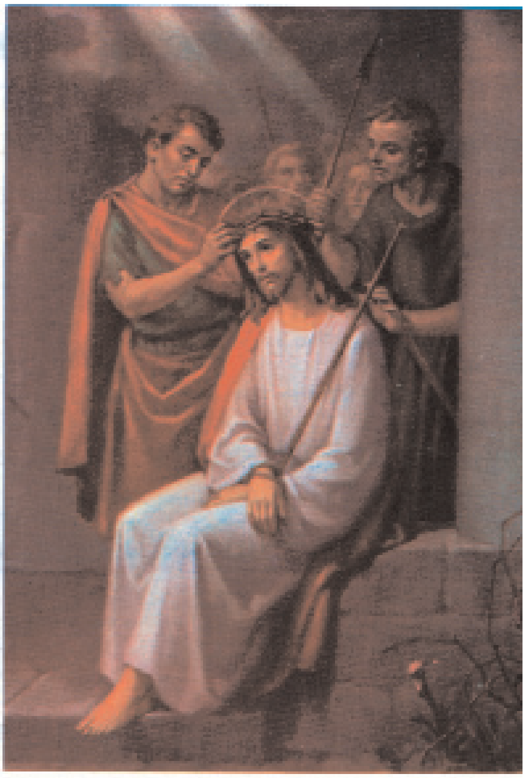
4.° La Cruz acuestas.

«Tomaron, pues, a Jesús y, cargándole la Cruz, salió hacia el lugar llamado El Calvario... (Jn 19). Cuenta la tradición que su Madre al enterarse de la noticia salió a su encuentro en el camino. ¡Oh, qué dolor sería el de la más dulce de las madres al ver tratar de aquella brutal manera al más amado de los hijos!

5.° Crucifixión y Muerte de Jesús.

«Le habéis hecho morir clavándole en una cruz por mano de los impíos» (Hech 23). «Doy mi vida... Nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad» (Jn 10, 18). «Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos» (Jn 15). «En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene; en que el Señor dio su vida por nosotros» (Jn 3, 16).

En cada misterio se rezará un Padrenuestro con diez Avemarías, terminando con el Gloria al Padre y las jaculatorias anteriores.

SANTO ROSARIO

Por la señal... Acto de contrición: Señor mío Jesucristo...

MISTERIOS GLORIOSOS DEL SANTO ROSARIO (Miércoles y Domingo)

1.º La Resurrección del Hijo de Dios.

El ángel dirigiéndose a las mujeres, les dijo: «No temáis. Buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí. Resucitó» (Mt 28).

2.° La Ascensión del Señor a los Cielos.

El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, cuarenta días después de la resurrección, fue elevado al Cielo (Mc 19). «Se fue elevando a la vista de ellos por los aires, hasta que una nube lo cubrió a sus ojos» (Hech 1).

3.° La venida del Espíritu Santo.

«Perseveraban juntos en la oración, con María la Madre de Jesús... cuando sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso y aparecieron unas como lenguas de fuego sobre cada uno, y todos fueron llenos del Espíritu Santo» (Hech 2).

4.° La Asunción de María a los Cielos.

«Apareció en el Cielo una mujer vestida del sol y la luna bajo sus pies» (Ap 12). ¡Oh, qué felicidad al encontrarse la Madre con el Hijo en el Reino de su gloria!

5.° María es coronada por Reina y Señora de toda la creación.

«Sobre su cabeza una corona de doce estrellas» (Ap 12, l). Siendo el Hijo Rey, necesariamente Ella tenía que ser Reina. Ella es Hija predilecta del Padre, Madre amantísima del Hijo, y Esposa queridísima del Espíritu Santo. Ella dio a Dios la naturaleza humana, y Dios por la gracia (de que está llena), la dio la naturaleza divina... Si ya en la tierra el Areopajita la creyó una diosa, ¿cómo será en el Cielo?

En cada misterio se rezará un Padrenuestro, con diez Avemarías, terminando con el Gloria al Padre y las jaculatorias de la página anterior.

Terminado el Rosario se recomienda el rezo de la Letanía que se encuentra más adelante.

SANTO ROSARIO:
Por la señal... Acto de contrición: Señor mío Jesucristo...
MISTERIOS DE LUZ DEL SANTO ROSARIO (Jueves)

1.° Bautismo de Jesús en el Jordán.

Se abre el Cielo y el Padre lo proclama su Hijo predilecto (Mt 3,17) El Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera...

2.° Autorrevelación en las bodas de Caná.

Cristo transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe, gracias a la intervención de María, primera creyente.

3.° Anuncio del Reino de Dios.

Comenzó Jesús a predicar y a decir: ¡Arrepentíos porque ha llegado el reino de los cielos! (Mt 4, 17). Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6, 33).

4.° La Transfiguración en el Tabor.

La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» (Lc 9, 35).

5.° La institución de la Eucaristía.

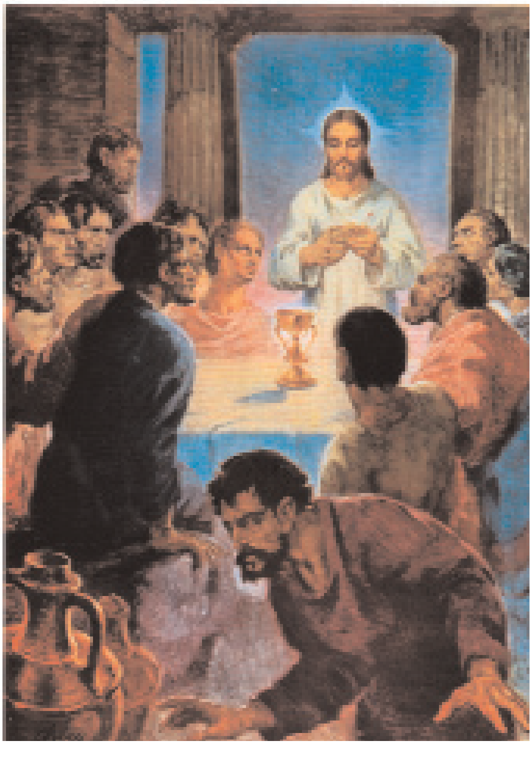
Misterio de luz es por fin la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y vino, dando testimonio de su amor por la humanidad «hasta el extremo» (Jn 13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio.

En cada misterio se rezará un Padrenuestro con diez Avemarías, terminando con el gloria al Padre y la jaculatoria:

María, Madre de gracia, Madre de misericordia: defiéndenos y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte». Amén.

También se puede añadir:

Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, y socorre principalmente a las más necesitadas!



Letanía a Nuestra Señora

Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, ten piedad de nosotros
Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos
Dios, Padre celestial
Dios Hijo, Redentor del mundo
Dios Espíritu Santo
Trinidad Santa, un solo Dios

Santa María	*Ruega por nosotros*
Santa Madre de Dios	"
Santa Virgen de las	"
Vírgenes Madre de Cristo	"
Madre de la divina gracia	"
Madre Purísima	"
Madre Castísima	"
Madre Virginal	"
Madre sin mancha de pecado	"
Madre Inmaculada	"
Madre Amable	"
Madre Admirable	"
Madre del Buen Consejo	"
Madre del Creador	"
Madre del Salvador	"
Madre de la Iglesia	"
Virgen Prudentísima	"
Virgen digna de veneración	"
Virgen digna de alabanza	"
Virgen Poderosa	"
Virgen Clemente	"
Virgen Fiel	"
Espejo de Justicia	"
Trono de Sabiduría	"
Causa de nuestra alegría	"
Vaso espiritual	"
Vaso digno de honor	"
Vaso insigne de devoción	*Ruega por nosotros*
Rosa Mística	"
Torre de David	"
Torre de marfil	"
Casa de Oro	"
Arca de la Alianza	"
Puerta del Cielo	"
Estrella de la mañana	"
Salud de los enfermos	"
Refugio de los pecaderos	"
Consoladora de los afligidos	"
Auxilio de los cristianos	"
Reina de los Ángeles	"
Reina de los Patriarcas	"
Reina de los Profetas	"
Reina de los Apóstoles	"
Reina de los Mártires	"
Arca de la Alianza	"
Puerta del Cielo	"
Estrella de la mañana	"
Salud de los enfermos	"
Refugio de los pecadores	"
Consoladora de los afligidos	"
Auxilio de los cristianos	"
Reina de los Ángeles	"
Reina de los Patriarcas	"
Reina de los Profetas	"
Reina de los Apóstoles	"
Reina de los Mártires	"
Reina de los Confesores	"
Reina de las Vírgenes	"
Reina de todos los Santos	"
Reina concebida sin pecado original	"
Reina asunta al Cielo	"
Reina del Santísimo Rosario	"
Reina de la familia	"
Reina de la Paz	"

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: *Perdónanos, Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: *Escúchanos, Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: *Ten misericordia de nosotros.*
Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios
Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Oración:

Te rogamos, Señor, nos concedas a tus siervos gozar de perpetua salud de alma y cuerpo; y que, por la gloriosa intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, seamos libres de las tristezas presentes y disfrutemos de la eterna alegría. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ORACIONES PRINCIPALES A NUESTRA SEÑORA

Ave María

Dios te salve, María,
llena eres de gracia;
el Señor es contigo:
bendita Tu eres entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Bendita sea tu pureza

Bendita sea tu pureza,
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti celestial Princesa,
¡Oh Virgen sagrada María!
Yo te ofrezco desde este día,
alma, vida y corazón.
Mírame con compasión
No me dejes Madre mía.

La Salve

Dios te salve
Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra;
Dios te salve.
A ti llamamos los desterrados
hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora, Abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos
misericordiosos;
y después de este destierro,
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa!
¡Oh dulce siempre Virgen María!
Ruega por nosotros,
Santa Madre de Dios
para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor
Jesucristo.
Amén.

Acordaos

Acordaos ¡oh piadosísima Virgen
María!
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido a
vuestra protección,
implorando vuestra asistencia
y reclamando vuestro socorro,
haya sido abandonado de Vos.
Animado, pues, con esta confianza,
acudo también a Vos.
¡Oh Madre, Virgen de las Vírgenes!
y aunque gimiendo bajo el peso de
mis pecados,
me atrevo a aparecer ante vuestra
presencia soberana.
¡Oh Madre de Dios!;
no desechéis mis humildes súplicas,
antes bien, inclinad a ellas vuestros oídos
y dignaos atenderlas favorablemente.
Amén.

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco enteramente a Vos; y en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Pues ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de bondad! guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Bajo tu amparo

Bajo tu amparo nos acogemos ¡oh Santa Madre de Dios! No desprecies nuestras súplicas en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, oh Virgen Santa y gloriosa. Amén.

PRINCIPALES ORACIONES

La señal del cristiano

Por la señal de la santa cruz,
de nuestros enemigos,
líbranos, Señor, Dios nuestro.
En el nombre del Padre,
y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

El Padre nuestro

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

Gloria

Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

El Credo

Creo en Dios Padre Todopoderoso;
Creador del Cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo,
su único Hijo, nuestro Señor,
que fue concebido
por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen;
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió a los infiernos;
al tercer día resucitó
de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios
Padre Todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar
a vivos y muertos.
Creo en el Espíritu Santo,
la Santa Iglesia católica,
la Comunión de los Santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna. Amén.

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser Vos quien sois, Bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido; también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme, y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

Acción de gracias

D. Te damos gracias, Señor, por todos los beneficios que hemos recibido. Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. R. Amén.

Comunión espiritual

Señor, yo quisiera recibiros sacramentalmente en mi corazón, con todo el amor y devoción con que os recibían los santos, y, especialmente, con él amor con que os recibía vuestra queridísima Madre. Pero ya que ahora no puedo recibiros sacramentalmente, venid al menos espiritualmente a mi corazón. Yo, sabiendo que estáis conmigo, me uno y me abrazo con Vos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7
María en la mente de Dios 10
¿Quién es la Virgen María? 12
Patria y padres de Nuestra Señora 14
Natividad de la Virgen Nuestra Señora 16
Presentación en el Templo 18
Voto de virginidad 20
Anunciación del nacimiento del Bautista 22
La Anunciación del Verbo 24
Visita de María a Isabel 28
Desposorios de María y José 30
Viaje a Belén 32
Los pastores acuden al pesebre 34
Presentación de Jesús en el Templo 36
La adoración de los Magos 38
Huida a Egipto 42
Regreso de la Sagrada Familia 44
El Niño perdido 46
Jesús es hallado en el Templo 48
Jesús aprende el oficio de carpintero 50
Gloriosa muerte de San José 52
A los treinta años 54
Las bodas de Caná 56
Entrada triunfal en Jerusalén 58
María en la institución de la Eucaristía 60
María en la noche oscura 62

Encuentro de María con Jesús 64
La crucifixión de Jesús 66
La sepultura 68
La Resurrección del Señor 70
La Ascensión del Señor 72
María en Pentecostés 74
La belleza de María 76
Dormición de María 78
Entierro y asunción de la Virgen 80
Asunción de María al Cielo 82
Coronación de María Reina universal 84
María Mediadora universal 86
María en el Cielo 88
El Río y el Árbol de la Vida 90
Santa María Virgen y Reina 92
La Virgen del Carmen 94
La Virgen Milagrosa 96
Nuestra Señora de Guadalupe 100
Nuestra Señora la Virgen de Lourdes 102
Nuestra Señora la Virgen de Fátima 104
El Inmaculado Corazón de María 106
Madre de Dios y Madre nuestra 108
Nuestra Señora la Virgen del Rosario 110
Misterios gozosos del Santo Rosario 112
Misterios dolorosos del Santo Rosario 114
Misterios gloriosos del Santo Rosario 116
Misterios de luz del Santo Rosario 118
Letanía a Nuestra Señora 120
Principales oraciones a Nuestra Señora 121
Principales oraciones 122